

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

Clark Carrados

MODELO
PARA UN
ASESINATO



Medio año más tarde, Falk regresó al hogar y empezó a preguntarse qué podría hacer a partir de aquel momento, puesto que había gastado un tercio del dinero heredado y el que le quedaba no era suficiente para vivir de renta, a menos que tuviese vocación de cartujo y viviese como tal. No le corría prisa encontrar un trabajo, pero sabía que no siempre iba a estar mano sobre mano.'

Se preguntó si valdría la pena matricularse en alguna escuela de arte. Siempre había tenido gran facilidad para el dibujo y algunos de sus trabajos eran de verdadero mérito. Además, poseía una memoria fotográfica y era capaz de reproducir fielmente el rostro de una persona, aunque hubiese pasado mucho tiempo desde la última vez que la vio. Mientras tomaba una decisión, pensó que no estaría de más darse una vuelta por el parque.



Clark Carrados

Modelo para un asesinato

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1638

ePub r1.0

Lds 15.02.19

Título original: *Modelo para un asesinato*

Clark Carrados, 1981

Cubierta: Ángel Badía

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

—El jefe dice que vayas inmediatamente.

Jesse Falk no contestó. Estaba sentado plácidamente a la orilla del río, al que arrojaba de cuando en cuando piedrecitas, por el solo placer de ver cómo se formaban círculos concéntricos que se ensanchaban gradualmente, para desaparecer después. El tiempo era excelente, aunque no todavía lo suficientemente caluroso como para sentir la tentación de un baño.

—Dile que se vaya al cuerno —contestó, pasados unos momentos.

El mensajero se marchó. Al día siguiente, otro, de mayor rango, fue a su casa, con un recado análogo. Falk dijo lo mismo.

Veinticuatro horas más tarde, fue el propio jefe quien busco, halló y formuló la misma petición. El engreído, pomposo enormemente rico Neil van Ritten no suplicó, ordenó a Falk que volviese a su trabajo. Falk se negó asimismo.

—Pero ¡por todos los diablos! —bramó Van Ritten—. ¿Por qué no quiere volver a su trabajo? ¿Es que no se da cuenta de que yo, el presidente, director y propietario de la empresa, estoy aquí, en persona, suplicando a un insignificante empleado, que no tiene más valor que un rollo de papel higiénico, monetariamente hablando?

Falk estaba sentado en un banco del parque, arrojando migas de pan a los gansos que nadaban en el estanque vecino, y miró a su jefe con un solo ojo.

—Señor Van Ritten, yo le solucioné a satisfacción, supongo, el caso Marcus-Glidden, ¿no es cierto?

—Sí, y eso le iba a valer un ascenso y un aumento de sueldo. Pero si sigue en su postura...

—Es decir, usted quiere que vuelva al trabajo...

—¿Aún no se ha dado cuenta? —bramó Van Ritten, con el rostro congestionado, a punto de estallar.

—Sí, me parece haber oído rumores... —contestó Falk, sarcásticamente—. Pero, dígame, usted me encargó el caso Marcus-Glidden porque no tenía otro a mano.

—Lo cual, en el fondo, no deja de ser una prueba de confianza.

—Pero, si hubiese podido, se lo habría encargado al imbécil de Peter DeFore.

—El señor DeFore no es un imbécil, sino un hombre muy capaz y de gran inteligencia...

—¿Cuánto le calculó usted para que solucionara el caso?

—Oh, tres semanas... Dos, en el mejor de los casos.

—Gracias. Yo lo resolví en tres días y usted se quedó no sólo asombrado, sino muy contento de que lo hubiese terminado con tanta rapidez.

—Así es, debo reconocerlo —contestó Van Ritten, que no sabía adónde quería ir a parar aquel joven.

—Bueno, dos semanas son catorce días. Flan transcurrido cuatro desde que empecé el caso Marcus-Glidden, así que me quedan todavía diez. Y soy moderado, porque debería tomarme los siete que faltan para completar las tres semanas que usted calculó en un principio.

Van Ritten se quedó con la boca abierta.

—De modo que ésa es su forma de pensar —exclamó.

—Sí, señor.

—¿Sabe que si no vuelve mañana, a las nueve en punto, puede considerarse despedido?

—Resignación. La vida no es un camino de rosas precisamente. Pero yo procuro que lo sea, a ratos... y, por lo menos, durante este día y los diez que me faltan todavía para que se cumpla el plazo.

El color rojo de la cara de Van Ritten se acentuó más todavía. Falk meneó la cabeza.

—Si no cuida su presión —dijo—, un día va a estallar como una bomba. Y como esté dentro de una casa, tendrán que pintar luego la habitación...

En aquel momento y antes de que el indignadísimo Van Ritten pudiera contestar, pasó una despampanante rubia por el sendero inmediato, conduciendo, de la correa a un infecto chucho de lanas.

Falk se puso inmediatamente en pie, arrojó a los gansos los restos de las migas de pan y arrancó en persecución de la rubia. Van Ritten le apuntó con el índice, como si fuese una pistola.

—Sólo me he humillado una vez en mi vida, hoy, y no se va a repetir jamás —aulló—. ¡Está despedido, Falk! ¿Me oye? ¡Despedido!

Pero el joven ya no le oía. Situado junto a la rubia, se inclinó un poco y acarició la cabeza del repugnante can.

—¡Qué perrito tan mono! —dijo—. ¿Es suyo, señora?

—Pues... si —contestó la rubia, visiblemente halagada—. ¿De veras le gusta?

—Me gusta tanto, que querría tener uno de sus descendientes... y no me importaría esperar lo que fuese, en compañía de usted, naturalmente.

—Oh, qué paciente —dijo ella—. ¿De veras sería capaz de esperar tanto tiempo?

—Si me permite que le acompañe a su casa, le haré una demostración de mis dotes en el arte de la paciencia —aseguró Falk, muy serio.

La rubia hizo aletear sus largas y postizas pestañas.

—Vivo muy cerca de aquí —dijo.

«Lo sé, encanto», contestó Falk mentalmente. También sabía que era bastante rica, divorciada y que se encontraba muy sola.

—Esa respuesta me hace presuponer que no me rechaza —dijo.

—Pruebe —contestó la rubia simplemente.

Falk probó y dio resultado.

Al día siguiente recordó que había sido despedido, pero no le importó en absoluto. Fue a la oficina, recogió sus cosas y se marchó de nuevo.

Dos días más tarde tuvo que asistir al funeral del único pariente que le quedaba, una anciana tía, cuyo testamento fue abierto a la semana siguiente y merced al cual Falk quedaba propietario de una linda casita, situada en un barrio bastante elegante, de unas tierras y de ciento cincuenta mil dólares, limpios de polvo y paja, una vez deducidos los impuestos y gastos de testamentaría. Con semejante suma en el bolsillo, Falk se dijo que era cosa de darse una vueltecita por el mundo.

Y así lo hizo, durante seis meses.

Medio año más tarde, Falk regresó al hogar y empezó a preguntarse qué podría hacer a partir de aquel momento, puesto que había gastado un tercio del dinero heredado y el que le quedaba no era suficiente para vivir de renta, a menos que tuviese vocación de cartujo y viviese como tal. No le corría prisa encontrar un trabajo, pero sabía que no siempre iba a estar mano sobre mano.'

Se preguntó si valdría la pena matricularse en alguna escuela de arte. Siempre había tenido gran facilidad para el dibujo y algunos de sus trabajos eran de verdadero mérito. Además, poseía una memoria fotográfica y era capaz de reproducir fielmente el rostro de una persona, aunque hubiese pasado mucho tiempo desde la última vez que la vio. Mientras tomaba una decisión, pensó que no estaría de más darse una vuelta por el parque.

Las hojas habían caído ya y el parque estaba triste y solitario, aunque los gansos agradecieron su visita. Al cabo de un rato de pasear, se sentó en un rincón aislado, en el fondo de una glorieta, lamentando no haber traído el cuaderno y unos lápices. Los árboles sin hojas, el suelo lleno de ellas, el templete del centro y el cielo nuboso y amenazando lluvia, componían un bonito motivo que, se propuso, reproduciría en cuanto volviera a su casa.

De pronto percibió un movimiento a su izquierda, al otro lado de un espeso seto. Falk volvió la cabeza y divisó a un sujeto entregado a una extraña labor.

El hombre había llevado consigo una bolsa de lona, de la que sacó una especie de palo, corto y recio, y dos trozos de fleje de metal, que sujetó por sus extremos a uno del palo, de modo que, al terminar, había formado una T de grandes dimensiones. Luego sacó una cuerda o cable, no estaba seguro, y la sujetó a los dos extremos libres de las tiras de metal, que curvó un poco. La tarea del individuo finalizó cuando tiró de la cuerda hacia atrás y la sujetó a un punto del palo.

Falk parpadeó. La actitud del individuo le resultaba incomprensible. Para cuando adivinó la verdad era demasiado tarde.

El hombre sacó una varilla cilíndrica, terminada en punta por un

extremo y con unas plumitas en el otro. Los ojos de Falk se dilataron cuando adivinó la verdadera utilidad de aquel chisme.

—¡Una ballesta!

Y en aquel instante el individuo soltó el pestillo y la saeta partió zumbando. Falk, horrorizado, la vio volar rectamente, hasta hundirse en la base del cuello de otro hombre, que estaba a unos diez pasos del primero.

La víctima se desplomó fulminada, literalmente apuntillada. El asesino, con toda tranquilidad, desmontó la ballesta, metió las piezas en la bolsa de lona y luego se dispuso a abandonar aquel lugar.

Para ello atravesó el seto, precisamente por el punto en que se encontraba Falk. Su sorpresa fue enorme al ver a una persona en un sitio que había creído absolutamente desierto.

Falk se aprovechó de la sorpresa. También se aprovechó de sus ochenta y cuatro kilos de peso y de su casi metro noventa de estatura. Lanzó un veloz vistazo rememorativo hacia los felices tiempos de estudiante, en que había sido subcampeón universitario de los pesos pesados, disparó el puño y el asesino se desplomó como un saco.

* * *

A la primavera siguiente, cuando casi había pasado un año desde su despido, Falk recibió cierto día una visita inesperada.

Había hecho algunas modificaciones en la casa heredada y tenía un estudio en el primer piso, una habitación doble muy amplia, resultado obtenido por el sencillo expediente de derribar un tabique, que separaba dos de los cuartos y también agrandar bastante las ventanas. Luego había hecho instalar una gran chimenea y había decorado la estancia a su gusto, de modo que le quedó un lugar amplio y confortable. Allí estaba cuando una voz fresca y agradable pronunció su nombre.

Falk suspendió el trabajo momentáneamente y se asomó a la escalera. Abajo, en el vestíbulo, divisó a una encantadora muchacha, de ojos muy azules y rizos dorados, que le pareció un ángel vestido con ropas humanas.

—Busco al señor Falk —dijo la chica.

Falk la miró unos instantes y decidió que no podía dejar pasar la ocasión. La muchacha vestía un trajecito azul, con vivos blancos, y llevaba un sombrero redondo, del mismo estilo. La indumentaria se completaba con el bolso a juego, los guantes blancos y unos zapatos de tacón no demasiado alto.

—Aguarde un momento, por favor —dijo.

Volvió al estudio, quitó el papel que tenía en el caballete, puso otro y volvió a asomarse.

—Ya puede subir —anunció.

Ella emprendió el ascenso. Falk la condujo a una silla de respaldo alto y recto.

—Siéntese —dijo—. Yo soy Falk.

Ya estaba situado detrás del caballete, con un lápiz en la mano. La chica se había quedado un tanto perpleja, pero no tardó en reaccionar.

—Me llamó Morgana van Ritten, señor Falk —se presentó.

El joven contuvo un respingo.

—Ah, la hija de...

—Sí, la misma. Señor Falk, vengo a verle en nombre de mi padre. Le necesita.

Falk asomó la cabeza fuera del tablero.

—¿Ha dicho... «me necesita»?

—Exactamente. Mi padre le ofrece sus disculpas y le ruega que vaya a verle cuanto antes.

—Oiga, señorita, si me necesita tanto, y sin que ello suponga motivo de orgullo o vanidad por mi parte, ¿por qué no ha venido a verme en persona?

—Se rompió un tobillo hace un par de semanas y tiene la pierna enyesada. Señor Falk, tengo entendido que en el pasado hubo ciertas diferencias entre usted y mi padre. Olvide todo, se lo ruego.

Falk meditó unos instantes. La tentación era muy fuerte. Pero no era rencoroso.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—Yo no sabría explicárselo con detalle. ¿Por qué no viene a cenar mañana con nosotros?

De nuevo Falk volvió a guardar silencio. Morgana le miraba extrañada. Al cabo de un rato, el joven volvió a hablar:

—Me parece que mañana será imposible. ¿Sabe que he de actuar

como testigo de cargo en el caso Dwail?

—No, no lo sabía...

—Quizá no me libre en todo el día. Si lo estoy, llamaré por teléfono. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Y ahora, aguarde unos minutos, por favor.

Morgana no tenía la menor idea de las intenciones del joven. Lo supo cuando él le enseñó su retrato.

—¡Fantástico! —elogió—. ¿De dónde ha sacado semejante habilidad?

—Alabemos a la madre Naturaleza —sonrió él.

—¿Me lo da? Estoy tan bien...

—Es suyo, Morgana.

—¿De veras no le importa que me lo quede? Quizá usted querría tenerlo aquí, en su estudio...

Falk la miró fijamente.

—No será necesario, porque me voy a casar con usted y tendré el original a mi disposición durante el resto de mis días —contestó.

CAPÍTULO II

El fiscal había terminado ya su interrogatorio. Ahora era el turno del defensor. Blaise Edmount, uno de los más famosos abogados, célebre por los poquísimos pleitos que perdía ante los tribunales, se inclinó agresivamente hacia el testigo.

—Veamos, señor Falk —dijo—. ¿Reconoce usted al hombre que se sienta en el estrado de los acusados como el asesino de Steed Dwail?

—Sí, señor —contestó el joven sin vacilar.

Edmount soltó una risita.

—Señor Falk, ¿qué le hace sentar una afirmación tan rotunda? —preguntó—. Todos los testigos precedentes han declarado exactamente lo contrario, es decir, ninguno ha reconocido a mi cliente como dicho asesino. ¿Por qué usted asegura que él es el criminal?

—Muy sencillo —repuso Falk, en medio de la expectación de la sala—. Es cierto que el hombre que mató a Dwail era bastante grueso y debía pesar casi noventa kilos, y también que tenía el pelo completamente negro, en tanto que el acusado, hoy día, pesa unos setenta kilos y su pelo es blanco. Pero usted no ignora, puesto que está encargado del caso, que, ante las dudas surgidas, a su cliente se le concedió la libertad bajo fianza. En este tiempo, el acusado ha hecho un notable régimen de adelgazamiento, lo que le ha permitido rebajar su peso en veinte kilos. Además, se sabe que era muy presumido y que se teñía el pelo, para ocultar sus canas prematuras. Ha dejado de teñírselo y así ha cambiado su aspecto radicalmente. Por tanto, ninguno de los otros testigos lo ha reconocido.

El acusado se puso lívido. Edmount respingó.

—Todo eso no son más que fantasías tuyas, señor Falk —bramó—. Usted no puede probar que el acusado sea realmente el autor de la muerte del señor Dwaile...

—¿Y usted? ¿Puede probar que es realmente Blaise Edmont? Porque yo recuerdo lo que sucedió hace un año, cuando un individuo con su nombre se presentó en las oficinas centrales de la Van Ritten Corporation y, con engaños, consiguió timarnos doscientos mil dólares, suma que, según se averiguó después, fue a parar a sus bolsillos. El estafador fue detenido y confesó que lo había hecho por indicación tuya, gracias a lo cual, usted, para librarse de males mayores, devolvió ese dinero.

Rojo de ira, Edmont se volvió hacia el juez.

—Señoría, lo que ha dicho el testigo no tiene relación alguna con el caso que se está ventilando en el tribunal —aulló.

—Es que yo no sé ahora si el que me interroga es el abogado Edmont o el estafador, puesto que hasta ahora no le había visto la cara. Quien fue capaz de permitir que le suplantarán en una ocasión, ¿por qué no ha de serlo ahora? —exclamó Falk.

Las palabras del joven habían provocado un auténtico escándalo en la sala. Los periodistas se sentían ebrios de felicidad, tomando febrilmente nota de cuanto se decía en aquel lugar. Falk sonreía, mientras miraba con expresión de inocencia al encolerizado defensor.

Al cabo de unos minutos, el juez consiguió restablecer el orden.

—Señor Edmont, pasaremos por alto ciertos extremos de las declaraciones del testigo, pero no en el punto en donde asegura reconocer al acusado como el autor de la muerte de Steed Dwaile. El acusado ingresará nuevamente en prisión, mientras se realizan las pertinentes investigaciones, para comprobar las aseveraciones del testigo, relativas al aspecto personal del procesado. Hasta que dispongamos de nuevos datos, se suspende el juicio. Eso es todo.

Edmont contuvo una gruesa interjección, mientras todo el mundo se levantaba respetuosamente. El acusado, lívido, se dejó llevar sin resistencia.

Falk abandonó el estrado de los testigos. Edmont se le acercó, con una luz de odio en las pupilas.

—Se ha metido en un mal lío, Falk —dijo en voz baja.

—Es usted el que está en un mal lío —contestó el joven con todo

desparpajo—. Usted debió haber investigado mejor mis antecedentes; así habría sabido que hubo un tiempo en qué trabajé para Van Ritten y que, aunque sin vernos, tuve una notable intervención en la estala que usted quería hacerle. Si lo hubiera hecho, no me habría llamado a declarar y su cliente habría resultado absuelto. Los amigos de Jake Wrane no se lo perdonarán, créame.

Edmount se quedó con la boca abierta. Falk lo apartó con suave ademán y buscó la salida, antes de que el atónito defensor hubiera podido recobrar la palabra.

* * *

A las siete y media en punto, Falk llamaba a la verja de la mansión de los Van Ritten. Tardó algunos minutos en darse cuenta de que había cometido un grave error.

—Me parece que no voy a quedarme a cenar —dijo, cuando vio a Morgana ataviada con traje largo.

Falk llevaba pantalones vaqueros, zapatillas, camisa abierta y una cazadora de lona clara. Morgana sonrió.

—No somos tan estirados como la gente cree —contestó—. El caso es que ha venido a ver a mi padre. Acompáñeme, ¿quiere?

Falk conoció a la madre de la muchacha, una encantadora dama que conservaba todavía muchos rasgos de su pasada belleza. Tomó su mano, la besó galantemente y dijo:

—Bien, ahora que conozco a la hermana mayor de Morgana, ¿dónde está su madre?

La señora Van Ritten se echó a reír.

—Es usted encantador, señor Falk —contestó.

—Señora, llámeme Jesse, Y de tú; a fin de cuentas, voy a ser su yerno —dijo el joven con gran desenvoltura.

—Hija, no me habías dicho que ibas a casarte con este muchacho —se sorprendió Paula van Ritten.

—Eso es una invención suya, mamá; no le hagas caso —contestó Morgana, un tanto enojada.

—Pues cualquiera diría que habla en serio, hija.

—Y hablo en serio, señora —aseguró Falk—. Pero ya tendremos tiempo de discutir sobre la boda. Tengo entendido que su esposo

quería hablarme, señora.

—Después de la cena —sonó de pronto la voz de Van Ritten.

Falk se volvió. El opulento financiero había aparecido en su silla de ruedas.

—Las vueltas que da el mundo, ¿eh? —sonrió Falk.

—Sí, da muchas vueltas —contestó Van Ritten ceñudo—. Pero creo que es hora de cenar.

—Avisaré que nos sirvan la cena —dijo la señora Van Ritten.

Falk se sintió un tanto incómodo, y no por la indumentaria, sino por el enorme comedor y la gigantesca mesa en que estaba sentado. Demasiado lujo, pensó: afán de exhibicionismo y ostentación inmoderados, calificó mentalmente.

—He visto las noticias sobre el juicio de Wrane —dijo el padre de Morgana en cierta ocasión—. Le ha dado usted buen vapuleo a ese miserable de Edmount.

—Nunca me han gustado los tipos de su clase, señor —contestó el joven—. Juega con la ley como si fuese una pelota de fútbol y nadie le pita jamás una falta, aunque quebrante todas las reglas. Tenía ganas de marcarle un tanto, eso es todo.

—Pero el perjudicado no fue usted, sino la empresa. A fin de cuentas, los doscientos mil dólares no eran suyos, Jesse —arguyó Van Ritten.

—Lo sé, señor. Sin embargo, cuando trabajo para alguien, me gusta serle fiel, aunque después sea capaz de romperle una silla en la cabeza, si su comportamiento no es el adecuado para conmigo. Y en aquella ocasión yo tuve la culpa de no haber investigado mejor; de lo contrario, el tipo que se hizo pasar por Edmount no nos habría jugado una mala pasada.

—Bueno, eso ya se acabó, de modo que no lo toquemos más. Paula, querida, nuestro invitado parece un poco flaco. Seguramente está pasando una necesidad. Sírvele un poco más, de este asado tan estupendo.

—Sí, claro, Jesse... —dijo la señora Van Ritten.

Falk contuvo una sonrisa y acometió con ímpetu la según da ración de asado. Al terminar, se volvió hacia la señora de la casa.

—En cuanto disponga de tiempo, vendré con mis trebejos y la retrataré a usted. Con ese vestido, precisamente —anunció.

—¿De veras? —preguntó Paula, visiblemente halagada.

—Puede contar con ese retrato, señora.

Paula miró de reojo a la muchacha.

—Estás muy callada, hija —observó.

—Estoy callada porque soy la única persona sensata que hay en estos momentos aquí —dijo Morgana furiosamente—. Papá, ¿qué chifladura te ha hecho llamar a este presuntuoso pintamonas?

Falk continuó sonriendo, pero se percató de que su anfitrión se había puesto muy serio. En cuanto a la señora Van Ritten... ¿no eran lágrimas aquellos puntitos brillantes que había en sus ojos?

La cena concluyó en un ambiente próximo a los cero grados de temperatura. Después, Van Ritten y el joven se retiraron a la biblioteca. El mayordomo llevó el café y los licores y se marchó, dejándolos a solas.

—Bien, Jesse —dijo Van Ritten, tras encender un cigarro que tenía un palmo de largo—, estoy seguro de que se pregunta por qué le he hecho llamar con tanta urgencia, ¿no es así?

—Ciertamente —contestó el joven—. ¿Qué le pasa, señor?

—Tengo un problema gravísimo. ¿Sabía usted que Morgana no es mi hija?

Falk oyó aquellas palabras y creyó que su antiguo jefe se había vuelto loco.

* * *

En silencio, Falk puso coñac en las dos copas y tomó un sorbo de la suya.

—¿Lo sabe ella?

—No, aunque ése no es el problema fundamental. El verdadero problema está en la madre.

—¿Su esposa?

—Tampoco lo es. Paula y yo no tuvimos hijos, y adoptamos a Morgana cuando apenas tenía una semana. Ahora la verdadera madre amenaza con revelar la verdad si no le entregamos un millón de dólares.

—Es muy modesta, pidiendo dinero. ¿Y qué? Se le dice la verdad a Morgana y...

—Eso sería lo de menos, aunque sospecho que sufrirá mucho cuando lo sepa. Lo peor de todo sería el descrédito que caería sobre

mi empresa, si el hecho llega a hacerse público.

—Vamos, vamos —rezongó Falk—. Adoptar a un niño no es un pecado mortal, sino todo lo contrario, una obra altamente elogiabile. Nadie le reprocharía...

—Espera, Jesse —rogó Van Ritten—. El asunto está en la suma que la auténtica madre de Morgana me prestó en tiempos. No era gran cosa, pero me sirvió para echar los cimientos de mi actual negocio. Y aunque el delito haya prescrito, ella sostiene que conseguí ese dinero mediante engaños, lo cual significa estafa. ¿Se da cuenta de la situación?

Falk entornó los ojos.

—¿Hay documentos?

—Un recibo que yo le extendí en aquella época —contesto el dueño de la casa—. Le devolví el dinero más adelante; pero, desgraciadamente, yo no fui tan desconfiado como ella y no le pedí ningún recibo.

—En tal caso, ella puede... apretarle las clavijas.

—Hay algo más. Morgana es su hija y amenaza con denunciarme por secuestro. No es cierto; ella me entregó a la niña porque no quería verla. A veces pienso incluso que la odiaba. Paula y yo queríamos tener un hijo y nos la trajimos a casa a los pocos días de su nacimiento, como ya le he dicho. Ciertamente, Morgana ha cumplido los veintiún años y no podría reclamarla para que volviese a su lado, pero el escándalo podría hundirme. El millón de dólares importa menos que mi reputación, ¿comprende?

Falk clavó la mirada en el rostro de su interlocutor.

—Señor Van Ritten, ¿quiere usted mucho a Morgana? —preguntó.

—Creo que si hubiese sido mi hija auténtica, no la querría tanto —respondió el financiero—. Y le advierto, estoy dispuesto a luchar por ella como un tigre..., pero sólo cuando los otros métodos se hayan agotado.

—Le comprendo. Usted quiere que vaya a entrevistarme con la madre de Morgana.

—Exactamente. Hable con ella, trate de persuadirla de su absurda actitud. Díglele que un millón de dólares es demasiado dinero como pago de la suma que me prestó en tiempos. En fin, puesto que ya está en antecedentes del asunto, le dejo plena

libertad de acción.

—Como en el caso Marcus-Glidden —sonrió Falk.

—Exactamente. ¿Lo hará?

—Sí, señor, lo haré.

—Bien; en tal caso, hablemos ahora de la cuestión económica...

Falk apuró su copa de coñac y se puso en pie.

—Puesto que voy a casarme con Morgana, ése es un detalle que no tiene la menor importancia —contestó desenvueltamente.

—Usted fue siempre un tipo con un particular sentido del humor —gruñó Van Ritten.

—Ahora hablo muy en serio. A propósito, ¿cómo se llama la madre de Morgana?

—Stella Crannor. Su último domicilio, es decir, el apartamento en que vive desde su vuelta a la ciudad, está en la calle Paddock. Residencia Wiltshire.

Falk hizo un gesto con la cabeza.

—Es un sitio de mucho lujo —comentó.

—Debe de tener algún dinero o espera conseguirlo de mí. Eso no me importa en absoluto, Jesse.

—Muy bien —repuso el joven—. Señor Van Ritten, hay un detalle que me intriga. Usted conocía a la tal Stella, pero dice que la hija no es suya, es decir, que Morgana no nació de unas presuntas relaciones entre usted y la mencionada dama. ¿No parece eso un contrasentido?

—En absoluto, y tiene una fácil explicación. Stella y yo fuimos amantes una temporada, pero no congeniábamos en absoluto. Antes de los tres meses, ya nos estábamos tirando los platos a la cabeza, y no es metáfora. Nos separamos y, al cabo de cuatro años, me llamó, comunicándome el nacimiento de la chica. Jamás, sin embargo, quiso darme el nombre del padre.

—Está bien, procuraré arreglar el asunto. La cena ha sido muy agradable —sonrió Falk—. ¿Puedo despedirme de las damas?

Van Ritten hizo un ademán.

—Como guste —accedió.

CAPÍTULO III

Por la mañana, Falk leyó una noticia que le puso de mal humor y le amargó el desayuno.

Jake Wrane había sido puesto en libertad nuevamente, bajo una fianza, dado que las pruebas contra él eran sólo circunstanciales. Falk lanzó una rotunda maldición, cosa que alarmó considerablemente a la señora Hyams, su asistenta y ama de llaves, todo en una pieza.

—Tranquilícese, Glenda —dijo él— no es nada contra usted ni el desayuno. Es que a veces, uno lee los periódicos con el café de la mañana y se le pone mala la sangre para el resto del día. Mira que soltar a ese canalla...

—Los jueces de hoy día ya no son como los de antes —filosofó la señora Hyams—. En otros tiempos, ese granuja hubiera ido derecho a la horca, antes de enterarse de lo que le pasaba. Y ahora anda suelto por ahí, quizá con la sana intención de matar a otra persona... En fin, vivir para ver, aunque, a veces, una preferiría ser sorda, ciega y muda.

—No le falta razón, Glenda —convino el joven—. Bien, yo tengo que salir ahora y quizá no vuelva en todo el día. A almorzar, seguro, no vendré, y si tardo por la noche, déjeme algo de cena fría en la nevera.

—Muy bien, como diga.

Falk terminó el desayuno, sin dejar de pensar en Wrane. Había puesto en ridículo a su abogado, ciertamente, pero ello no había representado obstáculo para su puesta en libertad. Los principales argumentos de la defensa, aparte de la identificación por los testigos, se basaban en que Wrane no era el propietario del singular artilugio que había servido para matar a Dwail.

Simplemente, Wrane «pasaba por allí casualmente» y había encontrado una bolsa abandonada, que se llevó, pensando que podía contener algo de valor. Falk se sentía indignado cada vez que pensaba en el asunto.

Un detalle, sin embargo, llamó su atención poderosamente. La fianza puesta para la libertad de Wrane no había sido una tontería precisamente: veinticinco mil dólares. ¿De dónde había sacado Wrane una suma tan elevada?

A menos que su propio defensor...

«Pero no —se dijo—. Edmount no arriesgaría tanto dinero en un caso semejante».

A menos que estuviese seguro de ganar mucho más y, por todos los informes, Wrane no era sujeto adinerado y Edmount tendría más bien dificultades en cobrar su minuta de honorarios.

De todos modos, aquel asunto no era demasiado importante para él. Ahora lo que le interesaba era hablar con Stella Crannor, la rencorosa madre de Morgana. Primero la sondearía. Después...

Sacó el coche del garaje, rodó un poco por la rampa de cemento y luego enfiló la avenida. La mañana era espléndida, los árboles rebosaban de hojas, abundaban las flores en todos los jardines y de buena gana se habría ido a pasear al campo, en lugar de ponerse a trabajar. Sin embargo, era hombre al que no le gustaba quebrantar la palabra dada y se dijo que cuanto antes empezase, antes podría dar la tarea por acabada.

Bajo esta perspectiva, a las nueve y media estaba ya en las inmediaciones de la Residencia Wiltshire, un conjunto de apartamentos de lujo, cuyo alquiler mensual ascendía a cifras muy considerables. Dejó el coche en un lugar apropiado y cruzó una pequeña explanada. El edificio disponía de portero automático y presionó la tecla correspondiente. El mecanismo disponía de altavoz y objetivo visor conectado con el piso. Una voz femenina, muy distorsionada, preguntó su nombre.

—Soy Jesse Falk —contestó.

La puerta se abrió de inmediato. Falk tomó el ascensor, subió al piso séptimo y salió al corredor. El apartamento de Stella se hallaba en uno de los extremos y hacia allí encaminó sus pasos.

La puerta aparecía entornada. Falk la empujó un poco.

—Señora Crannor.

Nadie le contestó. Falk alargó el cuello y entonces vio algo que le dejó sin respiración.

Había una mujer tendida en el suelo, boca abajo, con una varilla que sobresalía de la base de su cráneo. El cuerpo, apreció, era opulento y por ello dedujo la identidad de la muerta.

Entonces, cuando todavía no había reaccionado de la sor presa, oyó una voz que le pareció absurdamente fuera de lugar en aquel apartamento.

—Pase, señor Falk —dijo Morgana.

* * *

Falk cruzó el umbral, cerró la puerta y se encaró con la muchacha, que tenía el rostro blanco como la nieve.

—No he sido yo —aseguró ella.

—Me lo imagino —contestó Falk—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Menos de diez minutos. Oh, entré y me vi ese horrible cuadro...

Falk hizo un fruncimiento de cejas.

—Dices que entraste, pero ¿quién te abrió? Estoy viendo un poco de sangre y casi está seca, lo que indica que esa mujer ha muerto hace una hora o más. Eso no concuerda mucho, me parece.

—Yo sólo sé que llamé, alguien me contestó y me abrió, subí aquí y me encontré con esa mujer ya muerta.

—Y no viste a nadie.

—Eh absoluto.

—Morgana, ¿por qué viniste aquí?

Ella desvió la mirada.

—Esta mañana, muy temprano, recibí una llamada... Un hombre me dijo que tenía que comunicarme algo muy importante respecto a una antigua amante de mi padre y que podía arreglar el asunto sin escándalo, si venía a pagar diez mil dólares. Mi padre fue muy atractivo en otros tiempos y yo quería ocultarle el caso a mamá...

—Diez mil dólares —resopló Falk—. ¿Cómo pensabas pagarlos?

—Traje mi talonario de cheques. Tengo una pequeña fortuna; me la dejó mi abuela al morir y ya puedo disponer de ese dinero, porque soy mayor de edad.

Falk apretó los labios.

—¡Qué ingenua! —barbotó—. Pagar a un chantajista es como echar agua a un barril sin fondos. Además, ¿no crees que debieras haberte franqueado previamente con tu padre?

—Bueno, yo creí que eso sería lo mejor...

—Lo mejor será largarnos de aquí cuanto antes —rezongó el joven—. No, espera un momento.

Dejó a la muchacha, cruzó la sala y se asomó a una ventana situada en el lado opuesto del apartamento. Luego regresó junto a Morgana.

—El que te llamó, y luego te abrió, se fue por la escalera de incendios, antes de que tú llegases arriba.

—El asesino.

—Sí, justamente. Anda, vámonos.

—Como usted diga, señor Falk.

—Me llamo Jesse y debes tratarme de tú.

—Está bien, pero no te enfades demasiado conmigo... ¿De veras era mi madre esa mujer?

Falk oyó aquellas palabras y se detuvo con la mano en el picaporte.

—¿Quién te lo ha dicho? —inquirió secamente.

—Lo escuché todo anoche, cuando hablabas con papá en la biblioteca —explicó Morgana—. En una puerta, entre dos estanterías, que da al saloncito íntimo de mamá. Después de la cena, yo me fui allí y...

—Sí abriste un poco —dijo él de mal talante—. En fin, ya estás enterada de todo y, para mí, ha sido mejor así. ¿Qué piensas ahora del asunto?

Morgana volvió la cabeza hacia la mujer inmóvil en el suelo.

—Lamento infinito que haya muerto, pero no la he conocido, no he tenido jamás relación con ella... Sólo tengo unos padres, Jesse.

Falk hizo un gesto de aprobación.

—Y ellos te quieren más aún que si fueses su hija auténtica —contestó—. Anda, salgamos de aquí cuanto antes.

Bajaron al vestíbulo, salieron a la calle y cada uno se dispuso a usar su propio coche. Antes de abrir la portezuela del suyo, Morgana se volvió a mirarle.

—Jesse, ¿cuándo nos veremos de nuevo? —preguntó.

Falk hizo un gesto ambiguo.

—No lo sé. Ya te llamaré por teléfono.

—Procura tenerme informada...

—Sí, desde luego.

Morgana arrancó en primer lugar. Falk subió a su coche y ya se disponía a dar el contacto, cuando vio que llegaba otro automóvil, del que se apeó una persona conocida.

Falk se preguntó a qué había venido el abogado Edmount, pero no se entretuvo mucho en encontrar una respuesta. Ahora tenía algo más interesante que hacer.

* * *

Se sentó en el ángulo de la mesa, sacó un grueso habano y se lo entregó al hombre que estaba situado al otro lado. Dickie Bass cogió el cigarro, lo olisqueó un poco y luego lo dejó a un lado.

—Yo no fumo, pero tengo un hermano que sí fuma —dijo—. ¿Qué te trae por aquí, Jesse?

—Información, Dickie —contestó el joven, mientras se colgaba un pitillo de la comisura de los labios—. Entre otras cosas, te dedicas al negocio de los préstamos para fianzas.

—Así es —repuso el sujeto.

—Jake Wrane ha salido en libertad, bajo fianza de veinticinco mil dólares. ¿Quién...?

Bass alzó una mano.

—No te molestes —le interrumpió—. Yo no he intervenido en ese caso.

—¿Por qué?

—Demasiado arriesgado, Jesse.

—Le garantizaba Edmount, Dickie.

—¡Hum!

—¿Qué quiere decir ese «¡Hum!»?

—Edmount no me lo propuso, pero si lo hubiera hecho, yo me habría negado. Y, caso de aceptar, le habría pedido el doble como garantía.

—O sea, no es de fiar.

—Para mí, no —contestó Bass rotundamente.

—Muy bien, lo mejor será que hable con el propio Wrane. A propósito, ¿quién ha podido poner la fianza?

Bass hizo una mueca.

—Creo que Red Roy Wilkes, pero no te lo garantizo.

—Gracias. Oye, ¿por qué no te fías de Edmount?

Bass se reclinó en el sillón y metió los pulgares en las sisas de su anticuado chaleco.

—Muchacho, por principio yo confío siempre en todas las personas. Pero jamás tolero que me tomen el pelo. Hace tres años, más o menos, Edmount vino a proponerme la fianza de un cliente. No era gran cosa, dos mil dólares, y yo accedí. Luego, el cliente se esfumó y nadie le ha vuelto a ver. Naturalmente, la fianza quedó retenida.

—Pero Edmount te la abonaría, puesto que avaló...

—Me costó casi tres años de ruegos poco menos que incesantes y a partir de aquel momento, le borré de mi lista de amistades y clientes.

—Comprendo.

—Si Edmount tuviese que ir a la cárcel, para cumplir una condena de cadena perpetua y yo pudiese librarle por el módico precio de un centavo...

Falk sonrió.

—No lo pagarías —adivinó.

—Puedes estar seguro de ello —confirmó Bass.

—Gracias, Dickie —se despidió el joven.

Cuando salió de la oficina del prestamista de fianzas, pensó en visitar al colega mencionado. Red Roy Wilkes, pero desistió, calculando que lo mejor sería buscar a Wrane y hablar con él directamente.

A fin de cuentas, sospechaba que era el asesino de Stella Crannor. Y la había matado de la misma forma que hizo con Steed Dwaile.

—Ese asesinato le sirvió de modelo —gruñó, mientras encaminaba su coche hacia el lugar donde sabía podría encontrar a Wrane.

Lo encontró, ciertamente, pero Wrane no pudo contestar a una sola de sus preguntas.

—Sólo contestará al interrogatorio que le harán en el más allá, para saber adónde debe ir... y lo enviarán al infierno —murmuró mientras contemplaba, por segunda vez en el mismo día, otra saeta

clavada en la nuca de una persona.

CAPÍTULO IV

Sonó el timbre de la puerta y Glenda acudió a abrir en el acto. La señora Hyams hizo un gesto de disgusto al ver al individuo que estaba en el umbral.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Quiero hablar con el señor Falk.

Glenda contempló las poco aseadas ropas del individuo y su barba de una semana, percibió también el tufillo que se desprendía de su boca y empezó a cerrar la puerta.

—El señor Falk no está...

—Sí, estoy —sonó en aquel momento la voz del joven—. Y estoy citado con este distinguido caballero. Entra, Pato Cojo, y tomaremos una copa juntos. Glenda, le presento al señor Tower. Sam, mi ama de llaves, la señora Hyams... Cuidado, Pato Cojo, no se te ocurra escupir en el suelo o te dejaré en manos de la señora Hyams.

—No pensaba hacerlo —se defendió Tower, a la vez que se quitaba la mugrienta gorra con la que cubría sus ralos cabellos—. Celebro conocerla, señora...

Glenda alzó la barbilla.

—Después de que se haya ido este individuo, desinfectaré la casa —proclamó.

Falk se echó a reír.

—No le hagas caso, Pato Cojo. Tiene el genio muy vivo, pero, en el fondo, es un pedazo de pan.

—Pan seco —gruñó Tower, a la vez que miraba a su alrededor—. Oye, bonita cabaña —calificó—. ¿Has atracado algún banco y no lo sabe nadie?

—No me gusta ganar el dinero así —repuso el joven. Entró en un saloncito y destapó una botella—. ¿Agua, hielo en el *whisky*,

Sam?

—Puro, por todos los diablos. Eso es estropear algo maravilloso y yo no lo consiento jamás.

—Bueno, hombre, como quieras. Toma, bebe y luego disponte a contestar a mis preguntas.

Tower apuró la copa de un solo trago y luego alargó la mano. Falk tapó la botella.

—Después. Ahora hablemos en serio.

—De Wrane, supongo.

—Exacto.

—Al fin le dieron su merecido —contestó Tower rabiosamente.

—¿De veras?

—Era el número uno de todos los hijos de perra de este país.

—Nadie es enteramente malo —sentenció Falk—. ¿Qué hacía Wrane?

—De todo lo que quieras imaginarte y hasta cosas que nadie ha hecho jamás.

—Sobre todo si se tiene en cuenta el arma que usó para matar a Dwait. ¿Crees que lo hizo por iniciativa propia?

Tower chasqueó la lengua.

—Alguien se lo encargó —repuso—. Tú tienes razón; Wrane tenía una virtud: era muy ingenioso. Por eso discurrió la ballesta que le permitió liquidar a Dwait. Pero le dieron una dosis de su propia medicina.

—¿Quién?

—Su ballesta fue encontrada por la policía, en el hueco de un tabique de su casa, muy disimulado. Alguien le imitó y se construyó otra. Ya sabes que las flechas no son idénticas, es decir, no las fabricó él mismo.

—Te refieres a las que mataron a la mujer y al mismo Wrane.

—Exactamente.

—¿Qué sabes de la mujer?

—Poca cosa. Vino aquí hace un par de semanas, pero regentaba un burdel en Nome, Alaska.

—Estás bien enterado, Pato Cojo.

—El año pasado estuve en Nome y la vi. Tengo buena memoria. Como tú.

—¿Tienen alguna relación las dos muertes entre sí?

—Lo ignoro, no puedo contestarte. Oye, ¿no me das...?

Falk sonrió y puso dos dedos de *whisky* en el vaso de Tower.

—En tu opinión, ¿dónde podría conseguir más detalles del caso? —inquirió después.

—¿Por qué no hablas con Stu Vickstone? —sugirió el individuo.

—¿Vickstone? —se sorprendió Falk.

—Sí, como lo oyes. Wrane era «accionista», si se puede llamar así, de la agencia de Vickstone.

—No lo sabía.

—No es cosa que sepan muchos y, además, Vickstone se cuidaba mucho de ocultarlo. Y también Wrane, por supuesto.

—De modo que socios... —dijo el joven meditabundo.

—También trabajaban mucho para Edmount, y no sólo en asuntos de pleitos que defendía el abogado.

—Pato Cojo, esto parece que se complica.

Tower soltó una risita.

—No lo sabes bien. Empezó a complicarse el día en que murió Dwail —contestó.

—Habrá que desenredar la madeja —murmuró Falk—. ¿No puedes decirme nada más?

—Sí, pero no es más que una impresión, llámalo presentimiento, si quieres, puesto que no sé nada. Hay alguien detrás de todos ellos: Wrane, Vickstone, Edmount... No tengo la menor idea de quién pueda ser, pero es así, ¿lo entiendes?

Falk hizo un gesto de asentimiento. Luego metió la mano en el bolsillo y sacó unos cuantos billetes.

—Dame otro trago —pidió Tower.

Falk añadió un billete más.

—Bebe todo lo que quieras, pero fuera de mi casa —respondió.

Cuando el sujeto se hubo marchado, entró la señora Hyams.

—Señor, espero que ese tipo no vuelva más por aquí —dijo, todavía muy ceñuda. Llevaba un tubo de desinfectante en la mano y empezó a llenar la atmósfera de vapores—. No hablé antes metafóricamente —añadió.

Falk contuvo una sonrisa.

—Tower es un viejo amigo —contestó—. Ahora está en mala posición y tenía que ayudarle. Yo nunca reniego de mis amigos.

—Ni se lo pediría jamás; pero, por favor, si ese tipo volviera,

dígale que antes se dé un baño y que se compre ropas nuevas.

—Descuide, Glenda.

La mujer se marchó y Falk, sentado en su sillón, puso los pies encima de la mesa. Encendió un cigarrillo y, durante un buen rato, estuvo contemplando las nubes de humo.

Pasados unos minutos, quitó los pies de la mesa, alargó la mano y descolgó el teléfono. Momentos después, estaba hablando con Morgana.

—Mañana a las nueve pasaré por tu casa a buscarte —dijo—. Vamos a hacer una pequeña excursión al campo, a un bonito lugar situado a unos sesenta kilómetros. Llevaré bocadillos y un termo con café.

—¿Una excursión? —se sorprendió la chica.

—Sí. Ya conocerás los motivos. Saluda a tus padres y diles que la cosa tardará, pero acabará bien. Buenas noches.

—Buenas noches, Jesse.

* * *

El río se deslizaba plácidamente a pocos pasos de distancia. Zumbaban los moscardones y revoloteaban las mariposas, mientras se oían toda clase de cantos de pájaros. En el cielo, resplandecientemente azul, se movían lentamente algunas nubes blancas, hinchadas como gigantescos balones.

Falk, tendido de espaldas en la tienda, tenía las manos bajo la nuca y contemplaba el movimiento de las nubes, mientras masticaba una pajita Morgana estaba sentada a su lado.

—Llevamos así casi media hora y todavía no has despegado los labios —se quejó—. ¿Por qué me has traído aquí, Jesse?

—Verás... Cuando me encuentro en un apuro y no sé cómo salir adelante, suelo venir a este lugar y me paso algunas horas a solas meditando... Es rara la ocasión en que no encuentro la solución para el problema —contestó el joven apaciblemente.

—Y ahora pretendes hacer lo mismo.

—Sí, pero en tu compañía, que es muy agradable.

—Gracias.

—De nada, es la pura verdad. Además, creo que a ti también te convenía un poco. Estás muy pálida, no haces vida al aire libre, ni

practicar deporte...

—Juego al tenis una vez por semana —protestó Morgana.

—Sí, pero eso no es suficiente. Tendrías que moverte más, convertirte en una mujer activa, endurecer tus músculos...

De repente, Falk se sentó en el suelo y lanzó una exclamación:

—¡Ya está! ¡Ya lo he encontrado!

—¿Qué has encontrado? —preguntó ella.

—La solución... Bueno, no completa, sino una pequeñísima parte. Pero puede ser el cabo del ovillo, ¿entiendes?

—Sí. Cuéntame, ¿de qué se trata?

—Oh, simplemente de una persona a la que no conoces y con quien pienso entrevistarme hoy. Si, ese tipo puede que tenga mucho que ver con este asunto...

—Jesse, se lo dije anoche a papá y ahora te lo digo a ti. Si Stella está muerta, ya no hay problemas, me parece.

Falk se volvió un poco.

—Los problemas siguen. Stella quería un millón y alguien, a no tardar mucho, hará esa misma petición a tu padre. La policía no ha encontrado nada, pero Stella no vino aquí sin documentos que probasen sus asertos, ¿comprendes?

—Sí. Jesse.

—En la casa donde murió Stella no se encontró nada de importancia. Pero ella debía de guardar algunos documentos y ahora están en poder de alguien. Ya verás como tu padre recibe muy pronto noticias desagradables, quizá hoy mismo.

—¿Lo crees así?

—Estoy convencido de ello, Morgana.

La muchacha sonrió.

—Bueno, pues es cierto que viniendo aquí encuentras la solución —dijo—. Pero es un lugar muy solitario, ¿no crees?

—El bullicio de la gran urbe queda muy lejos. Un día, quizá, me construya una casa en este mismo lugar.

—El terreno te costará muchísimo.

—Nada. Es mío.

—¿De veras? —se sorprendió Morgana.

—Era de tío Amos lo heredó su viuda, quien luego me lo dejó a mí. Aunque te parezca mentira, soy el propietario de unas doscientas hectáreas de tierra. Tío Amos quiso fundar aquí una

granja, pero, por una causa u otra, lo demoró siempre y al fin no hizo nada.

—Es un paraje realmente hermoso —suspiró la joven—. Y una casa aquí quedaría estupenda.

—Algún día lo liaré, descuida.

Morgana paseó la mirada a su alrededor.

—Jesse, deberías habérmelo dicho: así habría traído el traje de baño —se quejó.

Falk sonrió maliciosamente.

—En el maletero del coche encontrarás uno —dijo—. También hay toallas. Pero no me pidas que yo me bañe: todavía no es tiempo para mí.

Ella soltó una alegre carcajada.

—Eres hombre que lo previene todo, ¿eh?

—Si no hubieses mencionado tus deseos de bañarte, no hubiera dicho nada —contestó él.

—De acuerdo, voy a ponerme el traje de baño.

El coche estaba a pocos metros, a la sombra de un enorme olmo. Morgana se cambió en el interior y vino al poco rato con un traje de baño de color azul claro, con adornos de color blanco y rojo.

—Me sienta divinamente —dijo—. Pero ¿cómo supiste mis medidas...?

—Tengo buen ojo —rió él—. Anda, nada un poco: cuando salgas, comeremos un bocado.

El traje de baño era de una sola pieza y moldeaba a la esbelta figura de la muchacha.

—Sólo le falta el arco y las flechas para ser una Diana cazadora —murmuró, mientras la veía dirigirse al río.

Pero aquellas reflexiones le hicieron recordar los tres asesinatos cometidos con una ballesta. La asociación de ideas era inevitable.

Morgana nadó un buen rato en el remanso. Cuando se cansó, salió del río y empezó a secarse.

—El agua está fría, pero tonifica exclamó, mientras se enjugaba los cabellos.

—Lo celebro. Apuesto algo a que ahora te sientes mucho mejor.

—Sí, pero tú no practicas lo que predicas —le reprochó ella—. Estás ahí hecho un sultán... ¿Necesitas que te dé aire con el flabelo?

Falk se echó a reír y fue hacia el coche, para sacar la cesta con el

almuerzo que le había preparado la señora Hyams. Volvió junto a la muchacha, se arrodilló en el suelo levantó la tapa, inclinándose hacia delante para examinar mejor su contenido.

Y, en el mismo instante, algo silbó en el aire y se clavó con seco chasquido en el tronco del árbol junto al cual se hallaban los dos.

CAPÍTULO V

Falk, volvió la cabeza en el acto. Morgana lanzó un chillido de pavor al divisar la saeta hincada en el tronco y que todavía vibraba ligeramente.

El joven no perdió mucho tiempo. Giró en redondo, a la vez que se ponía en pie, y divisó unos movimientos en unos arbustos situados a unos cuarenta pasos de distancia, inmediatamente echó a correr hacia aquel lugar.

Ella gritó, pidiéndole que se estuviera quieto, pero Falk no le hizo el menor caso. El sujeto que había disparado la saeta estaba recargando la ballesta nuevamente, pero se dio cuenta de que no tendría tiempo y echó a correr.

Falk atravesó los arbustos, saltando por encima. Al caer, lo hizo en mala posición y rodó por tierra. El hombre aprovechó la ocasión para alcanzar su automóvil.

Una maldición brotó de los labios de Falk al darse cuenta de que el sujeto podía escaparse. Poniéndose en pie de un salto, trató de alcanzarle, antes de que fuese demasiado tarde. El coche arrancó y él consiguió trepar al techo de un tremendo salto. No obstante; pronto pudo darse cuenta de que estaba en una situación muy precaria.

Ladeando el cuerpo, intentó abrir la portezuela derecha, lo cual delató su presencia al conductor. Éste aceleró súbitamente, lanzando el automóvil a toda velocidad hacia adelante. Falk adivinó sus intenciones y empezó a rodar a un lado. Cuando se produjo el súbito frenazo ya volaba por los aires.

Cayó sobre la hierba, rebotó y creyó que se había roto todos los huesos, pero logró ponerse en pie. Maldijo entre dientes al ver que el sujeto iba a conseguir escaparse.

Pero, ante su asombro, el coche viró en redondo a menos de cien metros de distancia. Se hallaban en un lugar despejado y su conductor volvió a acelerar a fondo. Falk adivinó sus intenciones.

—El muy bastardo...

Morgana contemplaba la escena con ojos desorbitados y los puños en la boca. Falk esperó a pie firme la acometida del agresor. En el último instante hizo un amago hacia su izquierda, pero se tiró a la derecha y rodó varias veces para ponerse fuera del alcance de aquel torpedo con ruedas.

Luego echó a correr, como si de repente hubiese perdido la serenidad. El terreno ascendía suavemente, en una distancia de doscientos metros, hasta un escarpado que dominaba un amplio trecho del río. Falk oyó detrás de sí el ruido del motor y corrió hasta que lo sintió muy próximo. Entonces volvió a ejecutar la misma maniobra.

Siguió corriendo. El conductor parecía obsesionado en alcanzarle y no veía otra cosa que el blanco humano al cual quería alcanzar. Tenaz, hábilmente, Falk lo condujo hasta el escarpado, cuyo borde se hallaba a una docena de metros sobre el nivel de las aguas.

Al llegar arriba pareció sentirse desorientado y miró a derecha e izquierda, como si no tuviese escapatoria. El conductor sonrió aviesamente. Falk pudo verlo a través del parabrisas, debido a la situación del sol en aquellos momentos.

Estaba acorralado. El río quedaba a sus espaldas. A derecha e izquierda, sólo había terreno liso, aunque fuese en pendiente. Tarde o temprano el asesino conseguiría alcanzarle.

De nuevo se oyó el rugido del motor. Falk divisó un enorme pedrusco y se inclinó. Cuando el coche estaba a unos diez o doce pasos, arrojó la piedra con todas sus fuerzas.

El parabrisas estalló y el hombre quedó cegado momentáneamente. Falk saltó a un lado, mientras el coche pasaba rugiendo por su lado. Oyó chirridos de frenos, pero ya no había fuerza humana capaz de detener aquella masa de casi dos toneladas.

El automóvil saltó al vacío. Durante una fracción de segundo pareció quedar suspendido en el aire. Luego bajó el morro y se precipitó hacia las aguas. Hubo un colosal estallido de espumas cuando el morro chocó contra el río. Luego el agua penetró a

raudales por el hueco dejado por el parabrisas destrozado y el automóvil empezó a hundirse con gran rapidez.

Falk permaneció junto al escarpado, contemplando las burbujas de agua que subían del fondo del río. Esperó unos momentos, pero nadie emergió a la superficie.

La voz de Morgana sonó con notas de angustia:

—¡Jesse. Jesse!

Falk le hizo gestos con la mano. Todavía esperó un poco más pero no hubo señales de vida. En aquel paraje la profundidad del río no era inferior a los cuatro o cinco metros. Tenía la seguridad de que el asesino había perdido el conocimiento al producirse el impacto. Alguien lo sacaría del fondo de las aguas, pero no sería él, decidió ceñudamente.

Descendió lentamente la cuesta. Morgana todavía con el traje de baño, corrió hacia él y le abrazó estrechamente.

—Oh. Jesse... He pasado tanto miedo... Creí que ese miserable iba a matarte...

—Soy un poco duro de pelar —contestó él—. Aunque no invulnerable, por supuesto. Bien, el caso es que hay un canalla menos en este mundo.

—¿Lo conocías?

—No, pero ya nos enteraremos, descuida. —Falk sonrió—. Ese tipo nos ha estropeado el almuerzo, me parece.

—Oh. ¿Quién tiene ganas de comer ahora? Yo no podría pasar un bocado, Jesse.

—Ni yo tampoco, por lo que será mejor que volvamos a casa. Cuando encontremos alguna patrulla de carretera, in formaremos de lo ocurrido... como un vulgar accidente, ¿comprendes?

Morgana asintió. Luego, mientras ella se vestía, Falk se acercó al árbol y agarró la saeta con las dos manos. Le costó mucho sacarla, ya que se había hincado profundamente.

Examinó el mortífero proyectil durante unos segundos. Luego murmuró:

—Jake Wrane, has hecho escuela con tu método para asesinar.

* * *

Stuart Vickstone se sorprendió mucho de la inesperada visita

que recibió aquella misma tarde, aunque no tardó en componer una acogedora sonrisa.

—Jesse, muchacho, cuánto me alegro de verle —exclamó, a la vez que le tendía la mano—. ¿Qué le trae por aquí? ¿Puedo serle útil en algo?

Falk no hizo el menor gesto para estrechar la mano que le ofrecía el otro.

—Stu, se lo digo de veras. Si pagando un millón de dólares pudiera evitar esta visita, lo habría dado con mucho gusto —manifestó—. Pero no he tenido más remedio que venir a verle. Y cuando salga de aquí, tomaré algo contra el dolor de estómago.

—Caramba, Jesse —dijo el otro, dolido aparentemente—. ¡Me está tratando como a un criminal! ¿Qué le he hecho yo para que me diga una cosa así?

—A mí, personalmente, nada, pero sí lo hizo cuando trabajaba para Van Ritten.

—Siempre fui honesto y todos mis informes rebosaban veracidad. Jamás tuvieron que reprocharme nada...

—Sí, sus informes eran veraces, pero tardaba en enviarlos un montón de días. Recuerdo el caso Marcus-Glidden. Lo resolví yo en tres días, y usted habría tardado, al menos, tres semanas, lo cual significa un aumento en las notas de gastos, que no hubiera tenido justificación posible. Y todo ello, puesto de acuerdo con Peter DeFore, que era quien se encargaba de darle todos los casos que ofrecían complicaciones, ¿no es cierto?

Vickstone desvió la mirada.

—Bueno, puede que no sea muy ético, pero a fin de cuentas los informes, que es lo que se pretendía...

—Era un robo —calificó Falk crudamente—. Pero eso no era lo peor que hacía usted. Wrane era su socio, ¿verdad?

—¿Quién se lo ha dicho? —saltó el detective privado.

—Un pajarito. También yo sé utilizar los servicios de los confidentes, amigo. Y Wrane, recuérdelo, era un asesino.

—No se probó.

—Usted y yo sabemos que mató a Dwail; no somos un juez y un jurado a los que haya que convencer con pruebas irrefutables. Aparte de que yo le vi cometer ese crimen. ¿Quién se lo ordenó? ¿Usted?

Vickstone saltó en su asiento.

—¡Por todos los diablos, no! —protestó.

—Entonces, ¿quién?

—No lo sé.

—Vamos, vamos, Stu, a otro perro con ese hueso. Le haré el favor de creer que lo supo después de que se hubiese cometido el crimen, pero Wrane tuvo que decírselo.

—¿Y por qué me lo iba a decir? Nuestra sociedad funcionaba en otros aspectos, jamás en el crimen —protestó Vickstone—. Pero si yo me iba a pasar la noche con una rubia, no le llamaba a él para que me acompañase, valga como ejemplo para que lo comprenda mejor.

Falk estudió unos momentos el granujiento rostro de Vickstone, en el que, además, había visibles huellas de la viruela. Vickstone era ya feo por naturaleza y aquellas marcas no contribuían precisamente a mejorar su aspecto.

—Lo cual quiere decir que, si Wrane era contratado para liquidar a alguien, no le daba a usted parte en el asunto —dijo.

—Exactamente. Por tanto, rechazo cualquier imputación...

—Vickstone, usted sabe más de lo que está dando a entender y yo no soy un tipo violento. De lo contrario, le sacudiría el polvo de lo lindo, hasta obligarle a soltar todo lo que sabe. Téngalo en cuenta y llámeme antes de que sea demasiado tarde.

—No tenemos nada más de qué hablar —contestó el sujeto hoscamente.

—¿Tampoco tiene que decirme nada de Edmount y de sus trapacerías? Oiga, ¿cuánto le daba a DeFore por los casos que éste le encomendaba?

El rostro de Vickstone se puso rojo como la grana. Falk no quiso continuar más.

Era tan culpable como Wrane, pensó, aunque no se le podría probar jamás. «Y así muchos criminales, andan sueltos y sin problemas», pensó amargamente.

Abandonó el despacho y salió a la calle. Su coche estaba al otro lado y se metió en el interior, pero no arrancó.

Esperó cosa de un cuarto de hora. Vickstone se hizo visible de pronto.

El detective miró a derecha e izquierda. Falk sonrió al apreciar

el gesto, que indicaba aprensión por parte de Vickstone.

—No se considera muy seguro —murmuró.

Al fin, Vickstone cruzó la acera y se sentó tras el volante de su automóvil. En aquel momento se le acercó un sujeto.

Era un hombre joven, de agradable presencia, que llevaba un periódico en la mano. Inclinandose hacia adelante habló un poco con Vickstone. Falk supuso que debía de estar preguntándole alguna dirección.

El joven movió la cabeza, agradeciendo las respuestas de Vickstone. Luego continuó su camino. Falk lo vio desaparecer al otro lado de la esquina más próxima.

Transcurrieron algunos minutos. Vickstone continuaba en el mismo sitio, sin dar señales de moverse. Falk vio que tenía la cabeza apoyada en el alto respaldo de su asiento. Miraba un poco hacia arriba, como si estuviera pensando. Necesitaba mucho tiempo para reflexionar, se dijo.

Y en aquel momento pasó una mujer junto al coche y lanzó una mirada casual hacia su ocupante. La mujer se inclinó un poco, alargó el cuello y luego se enderezó, para lanzar un aullido que hizo que todas las cabezas se volvieran hacia aquel lugar.

Falk se sintió presa de un lúgubre presentimiento. Ni siquiera quiso acercarse al coche de Vickstone, sabiendo que éste había muerto ya.

El periódico que llevaba aquel joven en la mano había servido para ocultar la pistola. Y el arma llevaba silenciador, por lo que no había sido posible oír el estampido del disparo.

—Esta vez han variado el método —murmuró, mientras accionaba el arranque del coche—. Pero el resultado ha sido el mismo: un muerto.

CAPÍTULO VI

—Y ahora resultará mucho más difícil saber para quién actuaba Vickstone —dijo Falk aquella noche, en la lujosa biblioteca del señor Van Ritten.

—Están sus archivos, ¿no? Era un detective privado...

Falk hizo un gesto negativo.

—Hay ciertos casos en los que tomar la menor nota es tanto como ponerse en manos del verdugo —contestó—. Ni siquiera habrá cintas grabadas. Vickstone era demasiado astuto para eso.

—Y sin embargo me robaba.

—De acuerdo con DeFore, naturalmente.

—Usted lo sabía y no me dijo nada...

—Cuando me encargó del caso Marcus-Glidden, porque DeFore estaba de viaje, decidí hacerlo por mí mismo, en lugar de encargárselo a Vickstone y actuar luego de acuerdo con sus informes. Yo había revisado muchas veces las minutas de Vickstone aprobadas por DeFore y me parecían enormemente «hinchadas». A veces parecían como el hombre del cuento, el que salvó a un perrito de morir ahogado y dijo que había salvado a toda la raza canina.

Van Ritten sonrió de mala gana.

—Y eso le hizo sospechar...

—Y así yo ahorré a la empresa cerca de seis mil dólares de gastos. Y, estoy seguro, Vickstone debió de tirarse de los pelos, al haberse perdido aquella minuta tan sabrosa. Naturalmente, no podemos probarlo, pero tenga la seguridad de que habría repartido la mitad con DeFore.

—El muy granuja —masculló Van Ritten—. Pero ahora Vickstone está muerto, ¿y todo ello por qué?

Falk puso dos dedos de coñac en su copa.

—ES asunto empieza con las amenazas de Stella Crannor —contestó—. Ahora Stella ha muerto y, si tenía algunos documentos en su poder, han desaparecido.

—Hasta ahora nadie me ha llamado para amenazarme con su publicación.

—Si lo hacen, mándelos al diablo. Que publiquen todo lo que sea; usted no es un político que deba velar por su reputación en este mundo, todos tenemos nuestros pecad tilos. Las flaquezas de la carne son las que más fácilmente se disculpan, dentro de ciertos límites, claro. No deje que le saquen un solo centavo.

—Seguiré su consejo, Jesse. Pero, en el fondo, no entiendo qué pretende esta gente.

—En su lugar, yo no me preocuparía demasiado, señor. Morgana lo sabe ya y eso es lo que debe importarles a usted y a su esposa. Ella no ha cometido ninguna acción deshonrosa ni tiene nada que reprocharse. ¿Ha robado usted o estafado a alguien?

—¡Por Dios bendito, no! —exclamó Van Ritten.

—Entonces, mande a los chantajistas al infierno cuando le llamen para exigirles dinero. Y mientras tanto yo seguiré investigando...

—¿Qué piensa hacer ahora, Jesse?

Falk se quedó pensativo unos segundos.

—Creo que convendría hacer una visita a Henry Martenson Glidden —contestó al cabo.

—¿Glidden? —se sorprendió el padre de Morgana—. ¿Por qué?

—Glidden fue el desaprensivo sujeto que quiso birlarle las patentes a Terence Marcus, cosa que, modestamente, evité yo. Sin embargo, Glidden había empleado muchas veces los servicios de Vickstone, cosa que me consta como rigurosamente cierta, y sospecho que Vickstone, además de otros defectos, tenía el de jugar con dos barajas. En ciertos aspectos de la vida eso se definiría como agente doble.

—Trabajaba para nosotros y proporcionaba información a Glidden.

—Exacto.

—Tenga cuidado. Glidden es un personaje influyente en la ciudad —advirtió Van Ritten.

—Antes de ir a verle, hablaré con DeFore. Es un rompecabezas

con muchísimas piezas y quiero encontrarlas una por una. DeFore, sospecho, es una de esas piezas.

—Nunca me imaginé que fuese un traidor...

—DeFore, y perdone que se lo diga ahora, nunca fue un hombre realmente sincero. Antes que ser traidor, yo preferiría decírselo a usted cara a cara, suponiendo que tuviera alguna queja que formular.

—¿La tenía DeFore?

—Más de una vez le oí comentar que se merecía un puesto más elevado. Incluso un asiento en el consejo directivo.

—¡Absurdo! —barbotó, el padre de Morgana—. Ese estúpido pretendía...

—Sobrevaloraba sus méritos, lo que, en el fondo, no es sino complejo de inferioridad. Además, había también resentimiento.

—¿Por qué? Siempre le traté con gran consideración; le concedí ascensos y aumentos de sueldo... Era un hombre muy competente, aunque, desde luego, no como para figurar en el consejo directivo.

Falk sonrió sibilinamente. Cruzó la estancia y abrió la puertecita situada entre dos estanterías. Morgana apareció allí, roja de vergüenza.

—Quizá esta encantadora fisgona pueda contestar a esa pregunta —dijo.

—¿Cómo? ¿Es que DeFore pretendía...? —exclamó Van Ritten.

—DeFore puede ser muy competente en ocasiones, pero también es un bocazas y le oí vanagloriarse en más de una ocasión que acabaría por conquistar a Morgana. Yo no la conocía entonces y no me preocupó jamás si DeFore se casaba o no con la hija del jefe, pero, a lo que parece, bebía los vientos por Morgana. ¿No es así?

La chica asintió.

—Sí, salimos algunas, veces y trató de conquistarme —repuso—. Pero nunca me gustó y un día trató de... Bueno, acabé mandándolo a paseo y le dije que no volviese a verme nunca más.

—Ahí tiene el otro motivo de resentimiento y frustración —dijo Falk.

—Pero tú también eres un tipo engreído y vanidoso y no pienses por un momento que me voy a casar contigo —protestó ella con gran vehemencia.

—Ése es un tema que se discutirá en su momento. —Falk se

volvió hacia el dueño de la casa—. Con su permiso... Salude a su esposa en mi nombre.

—Buenas noches, Jesse —dijo Van Ritten.

—Y a mí que me parta un rayo, ¿verdad? —exclamó Morgana.

Falk se volvió y sonrió.

—Dulces sueños, amor —se despidió.

Ella puso las manos en los costados.

—Habrás visto cara dura...

Miró, a su padre. El señor Van Ritten sonreía socarronamente.

—No sé por qué, pero no me desagrada la idea de tener a ese muchacho como yerno —dijo.

* * *

Se detuvo ante la puerta, contempló el brillante rótulo que indicaba el nombre del ocupante del despacho: PETER DEFORE, y sonrió. Luego abrió sin molestarse en llamar.

DeFore estaba dictando algo a una secretaria y alzó la mirada con enojo hacia el inesperado visitante.

—Al menos, podrías molestarte en llamar —se quejó.

—No era necesario —contestó Falk desenvueltamente—. *Miss Loodis*, déjenos solas, por favor.

La secretaria se puso en pie en el acto.

—Sí, señor Falk.

—Eh, eh, un momento —dijo DeFore—. Te olvidas de quién manda aquí...

—Peter, me parece que tus días en esta empresa han acabado ya —cortó el joven heladamente—. Salga, *miss Loodis*, por favor.

La secretaria obedeció y cerró la puerta. DeFore estaba rojo de ira.

—¿Puede saberse qué diablos pretendes, Jesse? Si mal no recuerdo, te habían despedido...

—Me despidieron porque empleé solamente tres días en resolver el caso Marcus-Glidden, cuando tú habrías empleado dos semanas, por lo menos, si no tres, con el consiguiente gasto de dinero en cierto inmoral detective que fue borrado ayer del mundo de los vivos. Y tú sabes muy bien que eso es cierto y que el caso Marcus-Glidden no fue el único en que aceptaste estafar a la empresa, de

acuerdo con Vickstone. No nos engañemos, Peter, no trates de negar lo que es cierto, aunque no haya evidencias. Ambos sabemos que es cierto y eso puede salvarte de un tropezón mucho más grave.

DeFore enrojeció violentamente.

—Jesse, ¿qué diablos quieres? —preguntó.

—Para empezar, tu dimisión voluntaria. Yo no te obligaré, pero, en tu lugar, me ahorraría la vergüenza de ser despedido. Después, quiero conocer todos los detalles de tus relaciones con Glidden.

—Estás loco. Yo no he hablado en mi vida con Glidden...

—Claro que no. Vickstone era el intermediario, pero te tenía al corriente de todas sus andanzas. Vamos, habla de una vez, Peter.

En lugar de contestar, DeFore abrió los cajones de su mesa y empezó a sacar objetos personales.

—No tengo nada que decir —habló al cabo de un minuto.

—Muy bien, no digas nada. —Falk no se inmutó—. Pero recuerda lo que le pasó a Vickstone. Estás metido en un asunto mucho más grave de lo que te imaginas y sabes cosas que pueden comprometer a alguien.

—Nunca diré nada...

—Ellos no se fiarán de ciertas promesas. Se sienten mucho más seguros liquidando a la gente. Como se dice vulgar mente, los muertos no hablan.

DeFore se puso lívido.

—No se atreverán...

Falk se encogió de hombros.

—Piénsalo —aconsejó—. Y ya sabes dónde vivo, de modo que, cuando sientas deseos de desahogarte, llámame.

El interfono sonó en aquel momento. Falk se inclinó hacia adelante y movió la tecla de contacto.

—Peter, si está ahí Jesse Falk, dígame que venga inmediatamente a mi despacho —sonó la voz tonante del señor Van Ritten.

—Estoy aquí y voy ahora mismo, señor —contestó el joven.

Cerró el contacto y volvió a mirar a DeFore.

—Reflexiona a fondo. Peter —insistió.

DeFore seguía callado cuando salió del despacho. Momentos más tarde, una secretaria le anunciaba al padre de Morgana.

Falk entró en el despacho de Van Ritten y se encontró con una enorme sorpresa.

—Vaya, pero si está aquí el amigo Edmount —exclamó con simulada jovialidad—. Blaise, aquí no hay carroña —añadió, mordaz.

Edmount acusó el golpe.

—No soy ningún buitres —protestó.

—Salvo por las alas, el pico y el cuello pelado, tiene todo lo demás. Señor Van Ritten, ¿qué quiere este pajarraco?

—Ha venido a pedirme que le ceda las acciones de la Cooper y Sulphur Mining —contestó el interpelado.

—Esas acciones tienen una cotización muy alta en la actualidad, si no me equivoco.

—Están cincuenta y ocho puntos por encima de su valor nominal —aclaró Edmount.

—Y, calculando a la baja, valen millón y medio —agregó Van Ritten.

—¿Cuánto le ofrece este cuervo implume? —preguntó Falk.

—Teóricamente, nada. Un dólar por acción.

—Si ofrece tan poca cosa, es que quiere hacerle un chantaje.

—Yo no lo llamaría así —dijo Edmount suavemente—. La palabra exacta es restitución.

—Diríase que el señor Van Ritten robó esas acciones —murmuró Falk.

—No las obtuvo por procedimientos éticos, ciertamente —contestó el abogado.

Falk se volvió hacia Van Ritten.

—¿Es cierto eso, señor?

El puño de Van Ritten golpeó la mesa duramente.

—¡No, por todos los diablos, no! —tronó—. No tengo nada de qué reprocharme. Siempre he sido honesto en mis negocios...

Impasible, Edmount recogió su portafolios y se puso en pie.

—Ya veremos lo que dice el tribunal cuando mi cliente presente la demanda en debida forma —dijo.

—¿Su cliente? ¿Quién es? —preguntó Falk.

—Por ahora no puedo dar su nombre. Pero no se preocupen; lo sabrán en su momento. Señor Van Ritten..., señor Falk.

El abogado los dejó solos. Van Ritten se sentía preocupadísimo.

—Ese miserable guarda un as en la manga y no sé imaginarme qué truco sacará en el tribunal. Pero cuando dice que me llevará a

juicio, es que tiene la suficiente base para obtener esas acciones para su cliente.

—Glidden —dijo el joven pensativamente.

—¿Usted cree?

—Tendré que entrevistarme con él, aunque antes he de hacer otras cosas. Pero esto es un chantaje, no lo dude.

—Lo sé —admitió Van Ritten—. Sin embargo, estoy en sus manos.

—No sé dé por perdido tan pronto. ¿Cuántas acciones son en total?

—Diez mil, por un valor nominal de cien dólares cada una. Su cotización, no obstante, está mucho más alta. La empresa es muy floreciente y la producción aumenta día a día. No hay síntomas de agotamiento de los filones en un futuro inmediato.

—Es decir, con diez mil dólares quiere conseguir algo que vale hoy día millón y medio.

—Exactamente. Jesse.

Falk hizo un ademán.

—No ceda. Manténgase firme —aconsejó—. Y si es preciso deje que lo lleve a los tribunales. Ese bastardo está jugando con cartas marcadas, pero todavía no sabe qué es jugar sucio. Cuando termine con él, va a desear no haber oído el nombre de Van Ritten en todos los días de su vida.

CAPÍTULO VII

Detuvo el coche en las inmediaciones del edificio y lo examinó durante unos segundos con mirada crítica. Luego se apeó, cruzó la acera y entró en la casa. Momentos después se hallaba ante una puerta en la que había un rótulo: ROY WILKES. ASESOR JURIDICO.

Falk contuvo una sonrisa. El título de asesor jurídico, para él, era una entelequia, una tapadera de asuntos casi siempre en conflicto con la ley. Al cabo de unos segundos, abrió la puerta y se encontró en un antedespacho, en el que había una secretaria, tecleando aburridamente, sin dejar de mover las mandíbulas.

Era rubia, de pechos voluminosos y ojos acuosos, pero no resultaba fea en conjunto. Al verle, ella sacó aún más el pecho y respiró profundamente.

—¿Sí...?

—Me llamo Jesse Falk —se presentó el joven—. ¿Puedo hablar con el señor Wilkes?

—Espere, se lo consultaré...

La rubia fue a usar el interfono, pero Falk alargó la mano y la puso encima de la suya.

—No me gustan las mujeres que mascan tabaco —dijo.

—No es tabaco —repuso ella.

—Estoy confundido. Pero esta noche podría mascar algo mejor, en un bonito restaurante que conozco.

Ella le estudió críticamente unos segundos.

—Me llamo Polly Bright —dijo.

—A las siete y media en punto en el

Dino's.

¿Lo conoce?

—¡Caramba! Ahí cobran hasta por respirar —respingó la

secretaria.

Falk movió la cabeza.

—Avisé al pelirrojo —indicó.

—De acuerdo.

Wilkes merecía cumplidamente el apodo de Red (Rojo). Tenía el pelo que parecía de fuego y hasta el vello de sus manos era rojizo. Los ojos era muy claros y algunos decían que eran los de una serpiente. Falk conocía la astucia de aquel sujeto y le sabía capaz de despojarle a cualquiera de la camisa, sin quitarle la chaqueta previamente.

—Usted y yo no nos conocemos, aunque he oído su nombre en más de una ocasión —dijo Wilkes—. ¿En qué puedo servirle?

—Una cosa muy sencilla: ¿quién avaló la fianza de Wrane?

—Eso es algo que pertenece al secreto profesional, si sabe usted lo que significa el término.

Falk se sentó desenvueltamente en un ángulo de la mesa.

—Recuerdo unos bonos al portador, robados hace cosa de un año, que alguien vendió por el cuarenta por ciento de su valor, el importe de la «operación» ascendía a unos sesenta mil dólares. Si no me equivoco, deben de estar guardados en alguna caja fuerte en un Banco. ¿Le gustaría que la policía fuese a echar un vistazo a esa caja?

El rostro de Wilkes se puso lívido.

—Eso... eso no es verdad...

Falk alargó la mano hacia el teléfono.

—Bueno, si se pone en ese plan...

—¡Aguarde! —chilló el prestamista—. ¿De dónde diablos ha sacado esa información?

—Yo también sé guardar el secreto profesional —sonrió Falk—. Lo que sucede es que soy honrado y no tengo nada que ocultar.

Había recogido la información, en una de sus investigaciones, algunos meses antes, y había almacenado el dato en su memoria. Ahora sabía que Wilkes estaba dejando pasar el tiempo, antes de decidirse a vender los bonos, con un sustancioso beneficio.

—¿Y bien Red Roy?

Wilkes emitió un gruñido.

—Edmount avaló la fianza —contestó.

—Supongo que no le daría explicaciones acerca de su actitud.

—No me hicieron falta. Sabía que, en caso de necesidad, respondería.

—Red Roy, ¿por qué mató Wrane a Dwail?

—No estoy seguro. Creo que fue por unos documentos... Los tenía una tal Stella Crannor en Nome, Alaska. Dwail hizo un viaje a Nome, volvió y, parece ser, se quedó con los documentos.

—Alguien ordenó a Wrane que liquidase a Dwail. ¿Tiene alguna idea de quién pudo hacerlo?

—No, en absoluto.

Era sincero, al menos en este punto, pensó el joven. Wilkes burlaba la ley en más de una ocasión, pero había una línea que no rebasaba jamás: nunca se complicaba en un asesinato, cosa que sabían todos cuantos se relacionaban con él. Una cosa era poner una fianza para un hombre acusado de asesinato y otra era ordenarle que cometiera el crimen o fuera su cómplice.

—Está bien: gracias. Red Roy. Ah, si le parece bien, dígaselo a Edmount, aunque sé que no le va a gustar.

Wilkes contestó con una maldición. Falk soltó una risita y abandonó el despacho.

Cuando salió, metió la mano en el bolsillo y sacó cinco billetes de cien dólares, que introdujo en el opulento escote de Polly.

—Escucha todo lo que diga tu jefe —murmuró—. Habrá más pasta si las informaciones resultan interesantes.

Polly contestó con un guiño afirmativo.

—Estaré en el

Dínos's

a las siete y media —prometió.

* * *

Llamó a la puerta y DeFore le miró aviesamente después de abrir.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó de mal talante—. ¿No estás aún suficientemente satisfecho después de la jugarreta que me has gastado?

—Peter, tú eres un perdedor nato —contestó el joven sin inmutarse—. Has podido llegar muy alto, pero lo has echado todo a perder por tu propio comportamiento. Culpas de tu fracaso a los

demás, sin darte cuenta de que eres hijo de tus actos.

—No me vengas ahora con sermones...

—Podías haber llegado a un puesto muy alto en la empresa, sólo con haber obrado con un poco más de mesura. Aún era demasiado pronto para pedir un sillón en el consejo directivo. Van Ritten te lo hubiera dado más adelante, pero no, tú lo querías ahora... No supiste esperar y eso te ha perdido, porque el despecho te hizo traicionarle.

Falk paseó la mirada a su alrededor y sonrió sarcásticamente.

—Un apartamento muy lujoso —añadió—. Esto no se puede mantener con el salario que cobrabas, y eso que no era precisamente bajo.

—No es cosa tuya —rezongó DeFore.

—Sí, lo es porque, en estos momentos, yo represento a la empresa y estoy delante de un traidor. Maldita sea, Peter, ¿es que no te das cuenta de que es un asunto muy serio? Han muerto ya varias personas, entre ellas el detective con quien estabas de acuerdo para estafar al señor Van Ritten. Tú te crees todavía un ser superior, pero no eres para ellos más que un número en sus cuentas, una cifra escrita con lápiz, que puede ser borrada en cualquier momento.

DeFore se puso pálido.

—No... no te creo, Jesse...

—Hablo absolutamente en serio. Y si no, ¿por qué liquidaron a Vickstone?

Falk observó atentamente a su interlocutor. La nuez de DeFore subió y bajó varias veces.

—No... no sé...

—Vamos, suéltalo ya —le apremió el joven—. Aún puedes hacer algo para reparar el error cometido. Estás en mala situación y no lo arreglarás callando. ¿Por qué mataron a Vickstone?

—Creo que... era por unos documentos... Los tenía él y no quería entregarlos, porque... no le pagaban lo que pedía... Pero no me dijo de qué trataban esos documentos... Créeme, Jesse, es todo lo que sé —dijo DeFore desesperadamente.

Falk calculó que ya no obtendría más información y asintió.

—Está bien —dijo—. Ahora voy a darte un consejo. Lárgate fuera una temporada, porque tu pellejo no vale un centavo.

—Pero... yo no sé nada...

—Ellos pueden creer que lo sabes. Peter.

La frente de DeFore estaba inundada de sudor. Falk dio media vuelta y salió del apartamento.

Cuando se abría la puerta del ascensor, en la planta baja, vio a un hombre joven que se apartaba para dejarle pasar. Falk agradeció el gesto con una ligera inclinación de cabeza y continuó su camino.

La cara del joven le pareció conocida, pero absorto en sus pensamientos no concedió demasiada importancia al suceso. Ahora tendría que buscar la forma de entrevistarse con Glidden.

Mientras, el joven subía en el ascensor. Llamó a la puerta del apartamento de DeFore y esperó tranquilamente.

DeFore abrió, pasados unos momentos.

—¿Qué desea? —preguntó.

El joven no contestó. Sacó una pistola, prolongada en un largo tubo, y apretó el gatillo.

DeFore, sorprendido, se tambaleó. El asesino levantó un poco más la mano, apuntó a la frente y disparó por segunda vez. DeFore se desplomó como una masa inerte.

Con toda tranquilidad, el asesino guardó la pistola, sacó un pañuelo, asió el pomo y cerró sin hacer ruido. Luego, silbando a medio tono se encaminó de nuevo hacia el ascensor.

Diez minutos más tarde. Falk volvió a pensar en DeFore, sin saber por qué. Entonces recordó al joven con el que se había cruzado.

Bruscamente, se hizo la luz en su cerebro.

—Oh. Dios mío... —exclamó, a la vez que pisaba a fondo el pedal del freno.

Acababa de recordar dónde había visto al individuo. De no haber tenido las manos ocupadas con el volante, se habría dado de bofetadas.

—He sido un maldito estúpido —apostrofó mientras emprendía el camino de regreso al apartamento de DeFore.

Cuando llegó supo que su error había tenido trágicas consecuencias. Ya no se podía hacer nada por DeFore.

A las siete y media, Falk se preguntó qué telar había tejido una tela tan resistente. Parecía imposible que pudiera soportar la tensión a que la sometían los opulentos senos de Polly. Ella se sentía muy orgullosa de sus encantos y hacía continuos movimientos para atraer la atención del joven hacia una región tan interesante de su anatomía.

«En un campeonato de pechugas, te llevarías el primer premio», pensó, mientras ponía un poco de champaña en la copa de su invitada. Polly, por su parte, parecía muy satisfecha de encontrarse en un lugar tan distinguido.

—Nunca había estado aquí —confesó ingenuamente. Deben de venir peces muy gordos...

—Gordísimos —sonrió Falk.

—Y las facturas...

—No te preocupes por la cuenta, nena. Eso es asunto mío.

—Me parece que desentono un poco. ¿No lo crees así?

—Tú no desentonas en ninguna parte, preciosa. Resaltas, sobresaes por encima de todos, que es muy distinto.

Polly sonrió, halagada.

—Eres un tipo encantador. ¿Tienes novia?

—No. Soy soltero.

—Yo me casé una vez —suspiró ella.

—¿Divorciada?

—Sí.

—¿Por qué?

Ella le miró maliciosamente.

—No era del otro bando... pero resultó muy flojo.

—Vaya sorpresa, ¿eh?

—Se rindió a la semana de la boda.

—Lo dejaste K. O., vamos.

—Pero yo sólo pedía lo corriente, Jesse. Lo normal en un matrimonio, vamos.

—Ya. Y ¿cuánto es lo normal para ti, guapa?

—¿Por qué no lo averiguas más tarde?

Falk sonrió.

—Puede que lo intente —repuso.

Polly debía de ser una ansiosa, pensó, pero no solamente en el aspecto sexual. Devoró dos raciones de langosta y se metió entre

pecho y espalda un plato lleno de costillas, con puré de patatas, mantequilla y verdura, que habría sido suficiente para dos personas de buen apetito. Luego pidió tarta de pasas, una ración de pastel de chocolate, también doble, y finalizó la cena con una copa de helado en la que cabía al menos un litro. Al verla ingerir tan enormes cantidades de comida, Falk pensó que su esposo había pedido el divorcio, no por falta de capacidad amorosa, sino por no poder soportar el gasto de alimentación que suponía el estómago sin fondo de su invitada.

—Bueno, encanto —dijo—. Y ahora, mientras tomamos una taza de café, ¿por qué no hablamos de otras cosas?

Los ojos de Polly fueron hacia un camarero que pasaba con una fuente, en la que había un enorme pavo asado.

—Quiero conservar la línea —suspiró ella—. De lo contrario, sería capaz de pedir una ración de ese pavo tan estupendo.

—Bueno, por mí... Polly, vamos al asunto que nos interesa —insistió él.

—El asunto... Ah, sí. No hay mucho que contar. Wilkes hizo una llamada tan sólo. Habló con un tal Glidden y le contó que habías estado a verle.

—Glidden, ¿eh?

—Sí.

—¿Qué más le dijo?

—Mencionaron unos documentos, pero no pude oír de qué tratan. Eso es todo.

—Gracias, muñeca. Me has hecho un gran favor.

—Ahora me lo harás tú a mí —dijo ella dengosamente.

Falk la miró con ojo crítico.

«Sí es tan insaciable en la cama como en la mesa, estoy perdido», se dijo.

En aquel momento entraron tres personas en el restaurante: dos damas y un caballero. Falk, atónito, reconoció a Morgana en una de las mujeres.

Ella le vio también y abrió unos ojos como platos en el primer momento. Luego la expresión de asombro dio paso a una de cólera, que no era difícil adivinar.

Por un instante, Falk se sintió tentado de ir a explicarle todo, pero temió una escena y desistió de la idea. Lo único que podía

hacer era llamar al camarero y pedir la cuenta.

Momentos después se disponían a salir. Polly le miró maliciosamente.

—¿Vamos a mi casa, muñeco? —propuso.

Falk se inclinó hacia ella y le dijo algo al oído. Polly respingó primero. Luego, inesperadamente, alzó la mano y le asestó un tremendo bofetón, que estalló como un pistoletazo.

Polly se marchó taconeando vivamente, mientras Falk se convertía en el centro de todas las miradas. En el

Dino's

reinaba un silencio casi religioso y, en un ambiente tan distinguido, un suceso semejante era cosa impensada para todo el mundo.

Con la cara roja, más en el lado izquierdo, Falk, avergonzado, buscó la salida, seguro de que los ojos de Morgana estaban fijos en él. Ni siquiera se atrevió a volverse para mirar a la muchacha y ver qué expresión había puesto tras el incidente.

CAPÍTULO VIII

Morgana bajó de la habitación a la mañana siguiente bastante tarde y preguntó al mayordomo por su madre.

—Está en el saloncito íntimo, señorita.

—Gracias.

Fue al salón, abrió la puerta y exclamó:

—Buenos días, mamá. Dispensa que me haya quedado en la cama un poco más; anoche volví tarde...

De pronto se calló. Había un caballete de pintor en el otro extremo y Falk asomó la cara por un lado de la lela.

—Buenos días, Morgana.

La señora Van Ritten estaba sentada junto a la ventana, recibiendo la luz en el lado izquierdo.

—Hola, hija. Jesse ha empezado a pintar mi cuadro, ¿sabes?

—Ése... ese miserable... —Morgana se ahogaba de indignación—. Es un repugnante libertino, un maníaco sexual...

—Hija —exclamó Paula, sorprendida—. ¿Qué estás diciendo? ¿Cómo te atreves a insultar a Jesse?

—Déjela, señora —intervino el joven—. Morgana está enfadada y no sin razón, aunque ese motivo sea más bien aparente.

—¿Vas a decirme que lo que pasó anoche en el Dino's

es invención mía o que lo he soñado? —gritó la chica.

—Jesse, ¿qué sucedió? —preguntó la señora Van Ritten.

—Estuve cenando con una dama.

—Y al final debió de decirle una obscenidad, porque ella le dio una bofetada delante de toda la gente.

—¡Cielos! ¿Es cierto eso, muchacho?

—Sí, señora, es cierto.

—Ella era... —Morgana se mordió los labios—. Bueno, no me atrevo a calificarla pero, pese a su aspecto, ¿qué no le diría ese desvergonzado que le tuvo que contestar con una bofetada? ¿Te imaginas una escena semejante en el

Dino's,
mamá?

—Sí, tuvo que ser algo notable —convino la dama—. Pero, supongo que Jesse tendrá una explicación para ese suceso poco agradable.

—A mí no me importa en absoluto, mamá; no quiero verle más aquí y, si tú le admites, avísame antes, para no tropezarme con ese obsceno individuo.

Morgana dio media vuelta y llegó a la puerta. Antes de salir, lanzó una sarcástica carcajada:

—¡Y ése era el tipo que iba a casarse conmigo! —Finalizó.

Cerró de un portazo. Falk sonrió a la señora Van Ritten.

—Está un poco enfadada —comentó.

—Ya se le pasará. Pero tendrás alguna explicación, supongo.

—No me he atrevido a decírselo a Morgana.

—Yo ya estoy curada de espantos —sonrió Paula—. Habla, Jesse.

La señora Van Ritten respingó cuando él le contó lo sucedido.

—Pero no será verdad... —dijo, con un hilo de voz.

—Oh, en absoluto. Pero algo tenía que decirle, ¿no cree? Sin embargo, nunca supuse que reaccionaría de semejante forma...

Paula sonrió.

—Sí, tuvo que resultarle chocante. Bueno, no te preocupes; yo hablaré con ella más tarde.

La puerta del salón se abrió inesperadamente.

—Un tal Pato Cojo pregunta por un sujeto llamado Jesse Falk —dijo Morgana—. ¿Está aquí, mamá?

Falk dejó el carboncillo a un lado y se limpió las manos con un trapo.

—Disculpe, señora Van Ritten.

Morgana entró en el salón y contempló los primeros esbozos del retrato. Luego, fruncido el ceño, dijo:

—Mamá, no me gusta que Jesse se trate con cierta gente...

Paula suspiró.

—Hija, cuando tu padre empezaba tuvo que tratar con toda clase de personas, algunas de las cuales deberían estar en un museo de los horrores. Y recuerda. Jesse le está ayudando con toda su alma.

Falk asomó la cabeza en aquel instante.

—Ruego a las damas me disculpen, pero tengo que salir ineludiblemente —manifestó.

—Ven a cenar esta noche —invitó Paula.

—Sí, yo estaré fuera dijo Morgana incisivamente.

Falk sonrió.

—Es todo un carácter —se despidió.

* * *

Llamó a la puerta y esperó unos segundos. Se dio cuenta de que le observaban a través de la mirilla, pero fingió no advertirlo. Al fin se abrió la puerta y un hombre joven y bien parecido se hizo visible.

—¿Desea algo? —preguntó.

—Yo me llamo Jesse Falk. Usted es Hatto Pursey —dijo el joven.

—Ése es mi nombre. Pero si viene a venderme un seguro...

—Todo lo contrario —sonrió Falk—. ¿Puedo pasar?

Pursey se apartó.

—Entre.

Falk cruzó el umbral. El apartamento era relativamente modesto, pero estaba bien cuidado y se veían algunos detalles de verdadero gusto.

—Verá —dijo al cabo de unos momentos—. Estoy haciendo una encuesta sobre el problema de la superpoblación del planeta y el control de la natalidad. Se hacen muchos esfuerzos para limitar los nacimientos, pero todavía es poco lo obtenido hasta este momento.

—Yo también estoy a favor del control de la natalidad —sonrió Pursey—. Incluso soy soltero...

—Pero a veces se emplean otros métodos para disminuir el número de habitantes del planeta.

Pursey dejó de sonreír.

—Hay pocas guerras, en efecto —convino.

—Algunos la hacen por su cuenta. Y perciben buenos honorarios por sus... servicios.

—Muy interesante, señor Falk. Continúe, se lo ruego.

—Verá, estoy muy interesado en disminuir en una unidad el número de habitantes de la ciudad. Es viejo, tiene el cuerpo hecho trizas, pero su corazón es una roca.

—Pobre hombre.

—Hombre rico —sonrió Falk—. Ya recuerda usted la serie.

—Yo no soy Falconetti —dijo Pursey.

—Nada de eso. Falconetti es el alcaloide de los villanos. Usted es un hombre joven, distinguido, refinado... Pienso que no le disgustaría la idea de recibir una parte de la fortuna de ese hombre rico. Digamos cinco mil dólares para empezar. Y al terminar otros cinco mil.

Pursey pareció considerar la oferta.

—Tendrían que ser diez y diez —dijo al cabo.

—Lástima, tendré que buscar los otros cinco mil, Ahora rió llevo encima más que cinco mil...

Pursey se palpó la ropa en aquel momento.

—Perdone —dijo—. He olvidado el tabaco en el dormitorio. Vuelvo en seguida.

Falk aguardó en el centro de la sala. Pursey regresó medio minuto más tarde, con una pistola en la mano.

—Voy a matarle, Falk —anunció.

* * *

Durante unos segundos, sólo hubo silencio en la estancia. Falk tenía la vista fija en el arma, provista del inevitable silenciador.

—No ha caído en la trampa —dijo al cabo.

—Me tomó por un tipo ingenuo. No lo soy —contestó Pursey.

—No, no lo es, aunque sí un poco tonto, porque, ¿quién rechazaría veinte mil dólares por un trabajo de pocos minutos?

—Usted no es la clase de personas que contratan mis servicios.

—¿Cómo puede saberlo? Una herencia de dieciséis millones borra muchos escrúpulos. Todos los escrúpulos.

Pursey pareció dudar un instante.

—Está mintiendo —le acusó.

Falk se encogió de hombros.

—Adelante, dispare —exclamó—. ¿Cómo justificará mi cadáver

en su casa?

—Puedo decir que le sorprendí robando...

—No, la policía no admitiría ese argumento. Tengo una reputación.

—Sin embargo, quiere eliminar a... alguien.

—Y mi reputación deberá continuar a salvo.

Pursey volvió a dudar.

—Dieciséis millones —murmuró.

—Treinta mil —ofreció Falk.

—Cincuenta mil. Traiga mañana la mitad; la otra mitad cuando haya acabado el trabajo.

—Trato hecho. Pero guarde esa pistola; me está poniendo nervioso.

Pursey metió el arma dentro de la chaqueta, Falk meneó la cabeza.

—Tengo la boca seca —dijo—. No estoy acostumbrado a situaciones semejantes. Sin duda, podrá darme un trago.

—Claro, aunque me gustaría que dejase los cinco mil como una especie de paga y señal.

—No hay inconveniente.

Falk había ido prevenido y lanzó un sobre encima del diván de la sala. Pursey lo contempló con indiferencia, mientras se acercaba a una consola en la que había servicio de licores. Puso *whisky* en un vaso y Falk agitó una mano.

—Añada algo más, lo necesito —pidió.

—Ha pasado un buen susto, ¿eh? —rió el asesino.

—No se lo puede imaginar. Pero ¿de veras iba a matarme?

Antes de darle el vaso Pursey le dirigió una mirada que causó escalofríos al visitante.

—Si me ha engañado, considérese muerto.

—Le he dicho la verdad —exclamó el joven con gran vehemencia.

—Y si luego hago el trabajo y quiere ahorrarse la mitad de lo convenido, no vivirá lo suficiente para disfrutar de un solo dólar de la herencia.

—Descuide, le pagaré.

Pursey le entregó el vaso. Entonces Falk, inesperadamente, le arrojó el licor a los ojos.

Sonó una horrible maldición. Pursey llevó una mano a la pistola, pero antes de que pudiera tocar la culata, Falk le clavó una rodilla en la ingle.

Pursey aulló. Falk le castigó la cara con dos golpes seguidos, que le hicieron retroceder con gran violencia. A pesar de todo, el asesino insistía en sacar la pistola. Falk le lanzó un directo a la nariz; sabía que era un punto especialmente sensible y Pursey emitió un rugido inhumano. Mientras trataba de recobrar el equilibrio. Falk disparó su pie a la entrepierna del asesino.

Pursey se quedó sin respiración. Abrió la boca, buscando aire, a la vez que caía de rodillas, con ambas manos en el lugar afectado por el puntapié. Sangraba por la nariz y tenía los ojos completamente cerrados, a causa del escozor causado por el alcohol.

Falk le rodeó y situándose a sus espaldas, lo agarró por el cabello, obligándole a echar la cabeza hacia atrás. Luego sacó un pañuelo y, con gran cuidado, agarró la pistola, que arrojó sobre el diván. Pursey gemía y se quejaba sordamente convenido en un mar de dolores. Falk, sin embargo, no sintió la menor compasión, porque sabía que aquel hombre no concedía el menor valor a la vida de las personas.

—No hay herencia —dijo apaciblemente—. He jugado sucio pero ¿qué otra cosa se podía hacer con un asesino de tu especie?

Pursey no contestó; el dolor le impedía hablar todavía. Falk meditó unos segundos y recobró la pistola. Comprobó la carga y luego acercó el cañón del arma a la sien de Pursey, que continuaba arrodillado.

—Escúchame bien —dijo—. Mataste a Vickstone y también a DeFore. Alguien te pagó por esos dos asesinatos. Quiero conocer el nombre de esa persona o te saltaré la tapa de los sesos.

—No..., no lo sé...

—Contaré hasta tres y si piensas que voy a compadecerme de una bestia salvaje como tú, estás muy equivocado. Dame el nombre o aprieto el galillo. ¡Uno!

Hizo una corta pausa.

—¡Dos! —añadió.

Pursey agitó una mano frenéticamente.

—No dispere chilló, loco de pánico. —Fue Red Roy Wilkes.

—¿El prestamista de fianzas?

—Sí, él mismo.

Falk entornó los ojos.

—Sin embargo, se han producido dos muertes más y creo que tú no lo hiciste, porque no me parece propio de ti emplear una ballesta. ¿Sabes quién mató a Stella y a Jake Wrane?

—Lo hizo Harry, el hermano de Red Roy.

Falk parpadeó, porque no sabía que el prestamista tuviese un hermano.

—¿Dónde puedo encontrarlo? —preguntó.

—No lo sé... Pero sé que es socio del Club de Ballesteros... De ahí sacaría la idea, supongo...

—El Club de Ballesteros... —repitió Falk pensativamente.

De pronto, movió el arma y el cañón golpeó la sien del asesino. Pursey se desplomó sin sentido.

Inmediatamente, limpió sus huellas dactilares. No le importó borrar también las de Pursey; la policía haría la inevitable comparación balística y el resultado era fácil de adivinar.

Salió de la casa minutos más tarde, con el propósito de avisar a la policía desde la primera cabina que encontrase. Alguien se cruzó con él, pero como no lo conocía no le prestó la menor atención.

Harry Wilkes sí le conocía y se sobresaltó al verle en aquel lugar. Instantáneamente presintió lo ocurrido y se precipitó hacia el ascensor.

Pursey continuaba en el suelo, lleno de dolores, habiendo recobrado a medias el sentido. Wilkes apreció la situación de un vistazo.

Arrodillándose, recogió el arma y la acercó a la sien de Pursey. Apretó el gatillo.

Pursey dio un tremendo salto y volvió a caer. Con la ayuda de un pañuelo, Wilkes limpió el arma y luego la puso en la mano derecha del muerto.

Desde la puerta, contempló satisfecho el resultado de su labor.

—Un suicidio —dijo a media voz.

CAPÍTULO IX

Morgana llamó a la puerta y esperó. La señora Hyams abrió a los pocos instantes.

—Ah, es usted, señorita... Pase, pase; el señor Falk tiene una visita...

—Esperaré, no tengo prisa —dijo la muchacha.

—¿Quiere que le sirva algo? ¿Té, cate...?

—Nada, gracias, señora Hyams.

—Entonces discúlpeme, pero tengo mucho trabajo.

—No se preocupe por mí.

Morgana quedó en el vestíbulo, contemplando un cuadro que representaba a un hombre joven, ataviado a la moda de cincuenta años atrás. De pronto oyó voces y se volvió.

Falk apareció en lo alto de la escalera, acompañado de un hombre menudo, medio calvo y con lentes de cerco de oro.

—Entonces, de acuerdo. Gerry.

—Trato hecho, Jesse. Mañana, a las diez, ven a buscarme. Tendré todas las herramientas listas.

—De acuerdo.

—Y tú ten la pasta preparada, Jesse.

—Descuida, Gerry.

El hombrecillo empezó a bajar la escalera. Entonces fue cuando Falk reparó en la muchacha.

—No me lo puedo creer —dijo burlonamente.

—He venido a disculparme —manifestó ella.

Falk inició el descenso.

—Tomaremos café —sonrió.

—Adiós, Jesse. Señorita... —dijo el sujeto, cuando ya abría la puerta.

—Adiós, Gerry —contestó Falk.

—¿Quién era? —preguntó Morgana, cuando el hombre hubo salido de la casa.

—Gerry Hornuck, alias el Sésamo.

—Un apodo más bien raro, ¿no?

—Gerry abre todas las puertas, por complicada que sea la cerradura.

Morgana parpadeó.

—¡Un ladrón!

—Ahora retirado del oficio, pero siempre dispuesto a ayudar a un buen amigo.

—No sabía que tuvieras amistades entre la gente del hampa —se sulfuró la chica.

—Morgana, Sésamo considera buen amigo a todo el que le paga dos mil dólares por un par de horas de trabajo.

Falk la agarró por un brazo y la empujó suavemente hacia la biblioteca.

—Querida,' están jugando sucio con tu padre y cuando alguien juega sucio, no se puede atener uno a las reglas. Hay que ponerse a su altura, por más que nos repugne el procedimiento.

—Lo cual te convierte a ti también en un ladrón —acusó Morgana.

—Es probable, pero con una diferencia respecto a ellos.

—¿Cuál es la diferencia? Yo no la veo...

—Un montón de asesinatos.

Morgana se calló. Falk se acercó a la pared y tiró de un cordón.

—¿Todavía sigues enojada conmigo? —preguntó.

—No sé qué pensar... Todo esto que ocurre es... nuevo para mí...

—¿Acaso crees que yo me paso la vida entre criminales? ¿Piensas que disfruto con esta situación?

Glenda apareció en aquel momento y el joven le pidió que hiciera café. Luego continuó:

—Más que tú aún estoy deseando que acabe todo para volver a una vida plácida y sin más complicaciones que las normales: comer, dormir, trabajar...

—Con papá —exclamó ella.

—Durante un par de años, no —respondió Falk firmemente—. Si

veo que no puedo llegar a ser alguien en el arte, volveré a la oficina.

—Quizá un par de años sea un plazo relativamente corto.

—Será suficiente para tener una perspectiva. Y no te creas que voy a vivir a costa de tu dinero; tengo el suficiente para pasar esos dos años sin agobios.

—¿Todavía piensas en casarte conmigo, Jesse?

—Lo decidí en el mismo instante en que entraste en esta casa.

Morgana remoloneó un poco.

—¿Crees en el flechazo? —preguntó.

—En mi caso, sí.

—Está bien. —Ella suspiró—. De acuerdo, pero con una condición.

—¿Sí?

—¿Qué le dijiste a la vaca rubia en el Dino's?

Falk sonrió maliciosamente.

—Tendrás que esperar a la boda —contestó.

—Mamá lo sabe, pero dice que eres tú quien tiene que explicarme...

—Tu madre, además de guapa todavía, es una mujer llena de sensatez. Espera a que nos hayamos casado y lo sabrás.

—¿No crees que, aun siendo soltera, estoy al corriente de las debilidades humanas?

La señora Hyams entró en aquel momento con una bandeja en las manos.

—Glenda, ¿qué le parece la futura señora Falk? —preguntó el joven.

—Es una chica encantadora... pero, señorita, cuando se hayan casado, prohíbele que reciba a ciertas visitas nada agradables —contestó el ama de llaves.

Falk se echó a reír.

—Cuando me haya casado, seré un marido modelo —aseguró.

Era una profecía aventurada, dado el estado de la situación, nada propicia al optimismo.

El señor Glidden echó un vistazo a su costosísimo reloj de pulsera y luego hizo un ademán.

—Tiene usted seis minutos exactamente —dijo a su visitante—. Empiece ya, señor Falk.

El joven no se inmutó por aquel recibimiento. Ya esperaba algo parecido.

—Puede que me sobre la mitad de ese tiempo —contestó—. ¿Por qué quiere usted las acciones de la Cooper y Sulphur?

—No sé de qué me está hablando. Esas acciones no me interesan lo más mínimo.

—Como financiero, puede que sea un águila; como mentiroso, es el peor de todos.

—Le prometí seis minutos y aguantaré ese plazo, por mucho que me insulte —dijo Glidden sin alterarse—. Continúe, por favor.

—El año pasado estuvo usted en Nome, Alaska.

Glidden acusó el golpe.

—Voy muchas veces. Tengo negocios allí —repuso.

—Y también informadores, que le hablaron de una tal Stella Crannor, ¿verdad?

—No suelo frecuentar ciertos ambientes...

—¿Quién ha hablado de ciertos ambientes?

Glidden lanzó una obscena maldición.

—Pero ¿qué diablos se propone Usted? —barbotó.

—Desenmascararle —dijo Falk heladamente—. Sacar a la luz pública no sólo sus trapacerías, sus latrocinios y sus estafas, sino también su complicidad en una serie de asesinatos que se iniciaron con la muerte de un tal Steed Dwail. Y cuando lo haya conseguido, le echarán encima tantos años de condena, que ni siquiera Matusalén podría cumplirla, aunque naciera el mismo día de la sentencia.

Falk se encaminó hacia la puerta. Desde allí se volvió y miró al sujeto, que parecía haberse quedado sin color en el rostro.

—Cometió un error al querer esas acciones. Tal vez, si se hubiese limitado a otros asuntos, la cosa no habría seguido adelante. Pero es demasiado ambicioso y eso le llevará a la ruina más absoluta.

Miró su reloj y añadió:

—Lo siento, he empleado veinte segundos más de los tres

minutos que me concedí. Le regalo el resto del tiempo.

Cuando hubo salido. Glidden, poseído por una cólera infinita, se abalanzó hacia el teléfono e hizo una llamada. Al cabo de unos momentos estaba hablando con cierta persona:

—Mátalo, ¿me oyes? Tienes que liquidarlo o de lo contrario nos iremos todos al infierno. No, no me pongas objeciones, porque todos estamos embarcados en el mismo bote, pero algunos están más cerca de la borda que otros. ¿Lo has entendido?

Glidden colgó el teléfono y procuró normalizar su respiración.

Falk era un obstáculo que había surgido inesperadamente en su camino. El sabía cómo apartar los obstáculos. En la inmensa mayoría de las ocasiones había empleado el soborno y el cohecho. Pero cuando el dinero fallaba, tenía otros métodos que le solucionaban los problemas para siempre.

* * *

—Aquí tienes a un hombre que va a robar esta noche una caja fuerte, papá —dijo Morgana.

Van Ritten alzó la cabeza, sorprendido. Estaban los tres almorzando en un restaurante cercano al edificio de las oficinas y el padre de Morgana creyó en un principio que su hija estaba bromeando.

—Tienes un humor excelente, muchacha —dijo—. Pero si hay algo que Jesse no puede hacer, es robar a nadie.

Falk maldijo entre dientes la imprudencia de la muchacha. Pero ya no podía negar lo que era cierto.

—Es verdad —declaró—. Voy a asaltar una caja fuerte esta misma noche.

—Jesse, hay ciertos métodos que no apruebo ni aprobaré jamás —dijo.

—¿Aprueba usted, señor, que le birlen millón y medio de dólares, empleando métodos nada honestos...?

—Eso es diferente...

—Cierto —admitió el joven—. Es totalmente distinto y no echaré mano del socorrido refrán del que roba a un ladrón y los cien años de perdón. Pero en las circunstancias actuales, no podemos andarnos con remilgos. No, cuando, además, hay varios

asesinatos de por medio e, incluso, yo estuve a punto de morir. Si consigo esos documentos, se habrán acabado sus problemas.

—Olvidas que se pueden hacer fotocopias —dijo Van Ritten.

—Las fotocopias no son admitidas en un tribunal. Podría haber escándalo, pero no perdería usted las acciones. Al contrario, estaría en situación de exigir los originales y, si no los presentaban, demandar al que le demandó a usted.

Van Ritten se acarició el mentón. Luego miró a la muchacha con un solo ojo.

—Morgana, ¿qué piensas tú? —preguntó.

—Jesse sabe lo que se hace, papá. Tampoco a mí me gusta, pero ¿qué están haciendo esos granujas contigo? ¿No te parece que es hora de darles una dosis de su propia medicina?

—Ah, de modo que te pones de parte suya.

—Voy a ser su esposa, y lo seré para lo bueno y lo malo.

—Bendito sea Dios... ¿Qué te parece, Jesse? Jamás la había oído hablar así —se asombró el señor Van Ritten.

—Es que hasta ahora no me había conocido a mí, señor —contestó el joven sonriendo.

Van Ritten levantó los ojos al cielo.

—Los jóvenes de hoy en día no tienen respeto ni se atienden a las normas...

—Apuesto a que su padre le decía algo parecido, ¿no es cierto? —dijo Falk socarronamente.

Se puso en pie e, inclinándose, besó a Morgana en una mejilla.

—Tengo que salir, preciosa —dijo—. Señor...

Van Ritten estuvo contemplando al joven, hasta que hubo desaparecido de su vista. Luego meneó la cabeza.

—Será un magnífico yerno... El hijo que quisimos tener y no pudimos —dijo melancólicamente.

Morgana puso una mano sobre la de su padre.

—No te apures; pronto te daremos nietos y alguno, supongo, será varón —sonrió.

—Vaya descaro... ¿Cómo puedes asegurarlo, si todavía no te has casado?

—He visitado al médico y me ha dicho que mi constitución es absolutamente normal, papá.

Van Ritten emitió un bufido.

—Estos jóvenes de hoy... —De pronto sonrió y miró tiernamente a la muchacha—. El ocupará mi puesto cuando yo me retire —añadió.

—Tal vez, pero no es seguro. Jesse confía en triunfar en el arte. Y yo le apoyaré siempre, ¿comprendes?

Bruscamente se puso seria.

—Me pregunto qué diablos le dijo a la vaca rubia, para irritarla tanto y contestarle con una bofetada —añadió, pensativa.

* * *

Se oyó un ligero chasquido y la saeta partió velozmente, para clavarse en el blanco, situado a unos cuarenta pasos de distancia. Falk aplaudió la demostración de puntería.

—Buen tiro, sí, señor —exclamó.

Harry Wilkes se volvió. Tenía la ballesta en la mano y, a la espalda, una aljaba llena de saetas. En aquellos momentos no había nadie más en el campo de tiro del Club de Ballesteros.

—¿Le gustaría probar? —preguntó.

—No, gracias. Pero puede seguir ejercitándose; yo seré un interesado espectador de sus habilidades, señor Wilkes.

—Usted me conoce, pero yo no le conozco. ¿Puedo saber su nombre?

—Falk, Jesse Falk.

Wilkes no dijo nada. Sacó una saeta y empezó a cargar la ballesta.

—¿Desea algo de mí, señor Falk? —inquirió.

—¿Cobró mucho por matar a Stella Crannor y a Jake Wrane?

Sobrevino un denso silencio. Wilkes había puesto horizontal la ballesta. Falk apreció la perfecta firmeza de sus manos.

Soltó el pestillo. Tras un silbante vuelo, la saeta se clavó en la diana.

—Otro tiro perfecto —dijo el joven.

—Nunca fallo —contestó Wilkes, sin alterarse en lo más mínimo.

—Si Stella y Wrane pudieran hablar, también dirían lo mismo. ¿Por qué lo hizo?

—Por dinero, ¿qué se creía usted?

—Su franqueza es tan admirable como su puntería con la

ballesta. El hombre que intentó matarme a la orilla del río no era, sin embargo, tan buen tirador. ¿Cómo se llamaba?

—¿Importa mucho el nombre, señor Falk?

—No, nada en absoluto.

—Era un amigo de Wrane y quiso imitarle.

—Fracasó.

Wilkes se encogió de hombros.

—Peor para él —repuso con glacial acento.

Estaba cargando la ballesta nuevamente. Cuando la cuerda estuvo tensa, volvió a tomar puntería.

De súbito, giró en redondo y soltó el pestillo. La ballesta voló raudamente y se clavó en el pecho del joven.

Falk sonrió.

—Buen tiro. Directamente al corazón —dijo.

Wilkes se quedó atónito. Tranquilamente, Falk se desabrochó la camisa y sacó algo que enseñó a su estupefacto interlocutor.

—Corcho por fuera y metal por dentro —explicó placenteramente.

Wilkes no sabía qué decir. Bruscamente, soltó la ballesta y metió la mano en el interior de su chaqueta, indudablemente para sacar un arma.

La pistola brilló un instante, pero antes de que pudiera apuntar al cuerpo del joven, la insólita coraza voló por los aires y alcanzó a Wilkes en el brazo, haciéndole aflojar los dedos. El arma cayó al suelo y su dueño lanzó una obscena maldición.

Falk se arrojó sobre él. Wilkes, sin embargo, resultó ser un enemigo menos fácil de lo calculado. Cuando el joven se disponía a golpearle, sintió un terrible dolor en el bajo vientre y tuvo que inclinarse sobre sí mismo, agarrándose con ambas manos el lugar afectado. Wilkes aprovechó la ocasión para escapar a toda velocidad.

Cuando Falk se hubo recobrado lo suficiente para intentar la persecución, observó con gran amargura que Wilkes había desaparecido sin dejar rastro.

Decepcionado, renqueante, maldiciéndose a sí mismo, volvió a su coche y emprendió el regreso a la ciudad. Había fracasado, aunque no por completo; todo dependía de lo que consiguiera por la noche, con la ayuda de Gerry Hornuck, alias El Sésamo.

CAPÍTULO X

Convertidos en dos sombras fantasmales, Falk y Hornuck se deslizaron por el jardín hasta llegar a determinado punto de la casa, en donde se detuvieron, al pie del muro. Había allí una plancha de hierro, hábilmente disimulada, que se confundía con la pared, debido a que había sido pintada con todo cuidado, para simular los ladrillos rojos con los que había sido construido el edificio. Hornuck se arrodilló junto a aquella plancha, mientras que Falk quedaba en pie, vigilando atentamente las inmediaciones, para evitar sorpresas desagradables.

Hornuck empezó inmediatamente a trabajar. Sus dedos sensitivos recorrieron primeramente los contornos de la plancha de hierro. Después de que exploraba un sitio, pasaba un paño a fin de borrar sus huellas dactilares.

Falk se mostró extrañado de la maniobra.

—Con los guantes puestos no tengo tacto —contestó el sujeto.

Al cabo de unos momentos, encontró lo que buscaba. Abrió la bolsa en que había traído las herramientas y empezó a trabajar de inmediato. Diez minutos más tarde, la plancha de hierro, que había resultado ser una puerta, giraba a un lado, dejando un hueco en el que había cosas muy interesantes.

Con la ayuda de una linterna, Hornuck exploró lo que había en el hueco milímetro a milímetro. Falk, intrigado, vio una batería eléctrica, de las utilizadas normalmente en los automóviles.

—¿Para qué diablos es esa batería? —preguntó.

—Tiene una explicación muy sencilla —contestó Sésamo—. El control de los sistemas de alarma está en el interior de la casa, de modo que el ocupante puede conectarlos y desconectarlos sin necesidad de molestarse en salir fuera en cada ocasión. Podría

ocurrir que alguien los desconectara, sin contar con el dueño, claro, pero la batería proporciona un suplemento de corriente, para esa emergencia, con lo que la alarma funcionaría igualmente.

—Muy astuto —admitió Falk—. ¿Y ahora?

Hornuck realizó unas cuantas operaciones y luego se levantó.

—Este sistema tiene un defecto: la conexión general a la red en este punto. No sólo he desconectado la batería, sino todo el sistema eléctrico de la casa. En estos momentos, no se podría encender una sola lámpara.

—Toda fortaleza tiene su punto débil, ¿no, Gerry?

—Así es. Bien, ahora vamos a asaltarla...

Resultó fácil. Hornuck no recurrió al viejo sistema de cortar un cristal con un diamante, sino que maniobró con singular habilidad, para levantar el bastidor de una de las ventanas. Así tuvieron el paso libre.

—Ahora me tienes que guiar tú, Jesse —indicó.

Falk encendió su linterna. Caminando con grandes precauciones, llegó a un gabinete de trabajo, en el que había unas grandes estanterías con libros. Falk señaló una con la mano.

—Está al otro lado —dijo—, pero no sé cómo podrás hacerla girar, puesto que se mueve automáticamente y eso necesita electricidad.

—No te preocupes contestó Hornuck. —Hay un procedimiento que nunca suele fallar.

Acercándose a la estantería, la examinó unos momentos. Luego alargó ambas manos, ya enguantadas, y agarró el borde derecho. Flexionó un poco los dedos y luego dio un seco tirón hacia sí.

Se oyó un ligero chasquido. La estantería giró sin dificultad y la caja fuerte quedó al descubierto.

—A veces, un coche se para y una patada al motor basta para ponerlo en marcha nuevamente —dijo Hornuck, a la vez que guiñaba un ojo a su acompañante—. Son métodos viejos y nada refinados, pero que no suelen fallar.

—Con la caja fuerte no podrás emplear ese método —sonrió Falk.

—Ahí se necesita habilidad y buen oído, Jesse.

Hornuck volvió a quitarse los guantes. Se echó aliento en las yemas de los dedos y empezó a girar la rueda, a la vez que

escuchaba con infinita atención. Falk contenía el aliento para evitar incluso el ruido de su respiración.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, Hornuck lanzó una exclamación apagada y se irguió. Hizo girar la manija, tiró un poco y se volvió hacia el joven.

—Paso franco —exclamó, satisfecho.

Falk se acercó a la caja y tiró de la puerta hacia sí. Algo salió balanceándose con rápidos movimientos y estuvo a punto de alcanzarle en pleno rostro. Respingó, mientras Hornuck emitía una gruesa interjección.

Durante unos segundos, los dos sujetos contemplaron la cara de payaso, de trapo, vivamente pintarrajeada, al extremo de un largo muelle en espiral. Aparte de aquel artilugio, no había más en la caja.

—Está completamente vacía —dijo Sésamo, cuando hubo recobrado la serenidad.

Falk se sentía terriblemente defraudado. La caja vacía indicaba que sus adversarios habían previsto los movimientos que iba a realizar. Habían sido más listos, admitió.

—Jesse, ¿cómo sabían que íbamos a venir? —preguntó Hornuck.

—Estoy seguro de que me han vigilado constantemente —respondió el joven.

Hornuck se espantó.

—Cielos, entonces, habrán sabido que yo...

—No te preocupes; a ellos tampoco les conviene el escándalo. Callarán, te lo aseguro.

Falk contempló la caja fuerte unos momentos, mientras se acariciaba pensativamente la mandíbula. De pronto, se le ocurrió una idea, pero no quiso decir nada, porque ya no tenía relación alguna con su acompañante.

—Gerry, recoge todo —decidió al fin—. Nos vamos.

—Está bien. Pero si la caja fuerte esté vacía, la culpa no es mía.

—Cobrarás lo prometido, no te preocupes.

* * *

Al día siguiente, Falk acudió al despacho de Van Ritten, quien le enseñó una citación judicial.

—Al fin se han salido con la suya —dijo—. El lunes se celebrará la vista preliminar, para atribuir las acciones a su verdadero dueño.

Falk estudió durante unos segundos el documento oficial.

—Aquí dice que los demandantes, esto es, Glidden y Edmount, actúan en representación del auténtico propietario, pero no menciona el nombre de éste.

—Es legal —contestó Van Ritten—. Siempre que lo prueben ante el juez, claro.

—Yo también tengo un as en la manga, señor. ¿Me permitirá que actúe como su defensor en el juicio?

—Tengo mis propios abogados...

—Sin desmerecer sus habilidades profesionales, no servirán en este caso. Y puesto que es un acto legal en el que no se necesita jurado, tampoco es preciso que el defensor sea abogado. Déjelo en mis manos, se lo ruego.

—Está bien. Confío en que sepa lo que se hace, Jesse.

Falk sonrió levemente.

—Todo saldrá bien, señor —vaticinó.

Luego, se acercó a la ventana y miró hacia la calle. Parado, al otro lado, había un individuo que parecía muy entretenido en la lectura del periódico.

—Tengo un tipo que me sigue los pasos constantemente —dijo—. Voy a ver si me deshago de él. Y no se preocupe y disfrute de su fin de semana, como si nada hubiese ocurrido.

—Lo pasaremos en la casa de South Road Palms, jumo a la playa. ¿Querrá acompañarnos?

—Lo siento, no podré —se despidió el joven.

Cinco minutos más tarde, caminaba por la calle con paso vivo. De repente se volvió, a la vez que se daba una palmada en la cabeza, retrocediendo sobre sus pasos, como si hubiera sucedido algo.

El hombre que le seguía se detuvo y empezó a leer el periódico. Falk caminó hasta tropezar violentamente con él. Entonces se le agarró, como si quisiera evitar la caída. Durante unos segundos los dos hombres parecieron bailar una danza ridícula, yendo de un lado a otro por la acera. Al fin, Falk consiguió recobrarse y se separó del otro, sonriendo cortésmente.

—Usted perdone; no me había dado cuenta...

Dio dos pasos y, de pronto, se llevó las manos a la chaqueta. Un segundo más tarde empezaba a gritar frenéticamente.

—¡Socorro! ¡Me han robado!

Miró al atónito sujeto y luego se arrojó sobre él agarrándole por el cuello de la camisa.

—Ladrón, has sido tú —rugió—. Me has robado la cartera... ¡Socorro, socorro...!

El escándalo era monumental. A los pocos momentos se detuvo un coche patrulla. Falk continuaba sujetando al desconcertado perseguidor, que hacía continuas protestas de inocencia. Pero cuando la cartera del joven apareció en uno de sus bolsillos, se puso lívido.

Falk sonrió aviesamente cuando se lo llevaban. Incluso agitó la mano en señal de despedida. Ahora, pensó, podría moverse sin temor a que sus andanzas fuesen conocidas.

Se movió mucho durante los cuatro días restantes de la semana. Al fin, el domingo por la noche, encontró a la persona a quien buscaba.

* * *

Estaba sentada en la habitación de un hotel de poca categoría, contemplando la televisión, con una botella al lado y un cigarrillo en la mano izquierda. Cuando entró Falk, ella le miró sorprendida.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿A qué ha venido aquí?

—Debería estar en Nome, rigiendo su negocio, Stella —dijo el joven tranquilamente.

La mujer se puso pálida. Tenía unos cuarenta y cinco años y aún resultaba un tanto atractiva. Sin embargo, iba demasiado pintada y ello la desfavorecía enormemente.

—Me llamo Mary Smith —exclamó.

—Para el registro del hotel, sí. Pero mañana, ante el tribunal, te presentarás como Stella Crannor. Entonces pedirás que se te atribuya cierto paquete de acciones, basándote en un viejo préstamo hecho veinticinco años atrás, una deuda que jamás fue saldada y que, siendo un asunto privado, no ha podido prescribir.

—Stella Crannor murió asesinada...

—Aquella desgraciada llevaba tu documentación. Se la

convenció por unos pocos dólares para que tomara tu identidad durante unos pocos días. Ella no sabía que iba a morir. Imagino que tú tampoco, pero ¿convencerás de ello a un jurado?

El rostro de Stella se puso gris.

—Tengo una hija... —dijo débilmente.

—No mientas. He estado haciendo indagaciones a fondo. He investigado los archivos del

St. John's

Hospital y hasta he encontrado una jefa de enfermeras, que entonces empezaba allí su carrera profesional; esto es, hace unos veintiún años. Tú tuviste un hijo, pero nació muerto. Entonces hubo un cambio; otra de las madres te cedió a su hija, apenas nacida. Le dijiste que la ibas a adoptar. Pensabas que así conquistarías al padre, pero éste no quiso saber nada de ti ni de la niña. Entonces, desesperada, llamaste a tu antiguo amante, Neil van Ritten. ¿Es preciso que siga con el resto?

Stella bajó la cabeza.

—Aquel hombre fue un miserable...

—Es agua pasada ya, Stella. Pero estás en un serio compromiso. Cuando se descubra que la mujer asesinada vino aquí, llamada por ti, puedes encontrarte en un verdadero lío.

Ella se retorció las manos.

—¿Qué puedo hacer? —exclamó desesperadamente.

Falk ocultó una sonrisa. Habían sido cuatro días de trabajo incesante, durante los cuales apenas si había podido dormir un par de horas por las noches. Estaba preparado para contestar a una pregunta semejante.

—Te lo voy a decir inmediatamente —manifestó, a la vez que sacaba un papel del interior de la chaqueta—. Bastará con que firmes esto y hagas las maletas en el acto. A las doce sale un avión para Nome. Ya tengo el billete.

—Has gastado mucho dinero —se quejó ella.

—¿No te dieron nada esos miserables?

—Un par de miles solamente...

Falk hizo un gesto con la cabeza.

Cuando se quiere conseguir algo, es preciso gastar el dinero sin tasa —dijo—. Está bien, te daré diez mil... después de que hayas firmado.

—Dime dónde —pidió Stella.

Falk fue al teléfono interno, llamó al gerente de noche y le indicó que subiera acompañado de un empleado. Los dos hombres firmaron como testigos.

Al quedarse solos, Falk llenó un cheque y se lo entregó a la mujer.

—No vuelvas más por aquí. Si lo hicieras, alguien podría sentir la tentación de matar «verdaderamente» a Stella Crannor.

Stella asintió. Falk la ayudó a hacer las maletas y luego la llevó al aeropuerto, en el que permaneció hasta que el avión hubo despegado. Cuando regresó a su casa se acostó y, relajado, se echó a dormir.

La noche se le pasó en un santiamén. Cuando despertó, a las ocho, estaba fresco y descansado.

Alrededor de las nueve llamó Morgana.

—Me siento muy nerviosa —declaró.

—¿Por el juicio?

—Claro, papá está inquieto, desasosegado...

—Tranquilízate. Y dile a él que se calme y que acuda al tribunal sin temor. Tú también puedes ir, si te parece.

—Iré. No podría aguantar la incertidumbre, esperando en casa sentada, sin nada que hacer...

—Todo está solucionado. Nos vamos a divertir un poco, créeme.

—¿De veras Jesse?

—Sí, Morgana.

La chica lanzó un hondo suspiro.

—Bien; entonces nos veremos en el tribunal. Es a las diez, me parece.

—Exacto. Hasta luego, encanto.

Falk terminó de asearse y luego, silbando alegremente, salió de la casa, subió a su coche y se encaminó hacia el edificio de los tribunales.

Cuando llegó, vio a Glidden y Edmount en una de las antesalas. Red Roy Wilkes estaba con ellos. Faltaba el hermano y eso le hizo sentirse intranquilo en grado sumo. La ausencia de Harry le llenó de aprensiones, pero como a los pocos minutos, les llamaron al tribunal, dejó de pensar en ello para concentrarse en la defensa del caso.

CAPÍTULO XI

—Y éstas son las razones, Señoría, por las que nuestra cliente solicita que le sea atribuida legalmente la propiedad de las acciones mencionadas. Espero del recto sentido de la justicia de este tribunal, que la demanda sea fallada en el sentido indicado.

Edmount concluyó su alegato y guardó silencio. El juez hizo una seña a Falk, quien se puso en pie inmediatamente.

—Señoría, como representante de la parte demandada, debo manifestar en primer lugar que me extraña la ausencia de la demandante —manifestó—. Me hubiera gustado que estuviese presente en este acto, a fin de corroborar con sus palabras los argumentos empleados por su defensor.

—No es necesario —exclamó Edmount vivamente, a la vez que se erguía de nuevo—. Hemos presentado documentos que prueban sin lugar a dudas la representación legal que nos ha otorgado y eso es suficiente, a mi juicio, dado que existen otros antecedentes...

—Permítame un momento —cortó Falk—. Ahora mismo voy a presentar ante el honorable tribunal un documento, mediante el cual, la demandante, retira no sólo su demanda respecto a las mencionadas acciones, declarando no tener ningún derecho legal a su propiedad, sino también les retira su representación y declara nulo y sin valor cualquier acto legal que pudieran emprender en su nombre.

Edmount y Glidden se quedaron con la boca abierta. Tranquilamente, Falk avanzó hacia el estrado del juez y puso el documento encima de la mesa.

—Esto puede cambiar por completo el aspecto de la cuestión —dijo el juez, mientras se disponía a leer el documento.

—Está fechado ayer y la firma de la demandante está

corroborada por dos testigos fuera de toda duda —agregó el joven.

Sobrevino un momento de silencio. Al cabo de varios minutos, el juez levantó la vista y dijo:

—En vista de las nuevas circunstancias que se han producido, suspenderé el juicio durante cuarenta y ocho horas —declaró—. No puedo dictar sentencia, sin antes estudiar a fondo el nuevo planteamiento del caso. ¡Se levanta la sesión!

Van Ritten, satisfecho, se acercó al joven.

—Ha sido un golpe de efecto realmente sensacional —dijo—. Realmente no rae esperaba una cosa así.

—He tenido que trabajar mucho y revolver la ciudad de arriba abajo. Aguarde a que le presente la minuta de honorarios; no va a ser una tontería, precisamente.

Van Ritten miró a Edmount y Glidden, que se alejaban, abrumados por una sensación de derrota total.

—Cualquiera que sea el gasto, habrá valido la pena —contestó—. Tienes que explicarme cómo conseguiste encontrar a Stella Crannor.

—La mujer muerta fue solo una cortina de humo. Sospeché que Stella vivía, cuando me enteré de que sus huellas dactilares no coincidían con las de los documentos que llevaba encima. Oiga —exclamó Falk de pronto—, ¿no había venido Morgana con usted?

Van Ritten se sorprendió de la pregunta.

—Entró conmigo y se sentó a mi lado —contestó—. No sé qué le habrá pasado a esa chica... Quizá le está aguardando fuera.

Falk recogió sus documentos y los guardó en la cartera de mano.

—Iré a ver —dijo—. Luego le llamaré.

—Como quiera, muchacho.

Falk abandonó la sala y empezó a buscar a Morgana, Pero la chica no apareció y él empezó a sentirse preocupado por una actitud que le parecía incongruente.

Llamó a su casa, pero la señora Van Ritten dijo que no había llegado todavía y que no tenía la menor idea de dónde podía hallarse. Falk no podía creer que Morgana empezase a hacer tonterías, ahora que prácticamente tenía el caso resuelto.

A mediodía, ya en su casa, recibió una llamada.

Era Van Ritten y estaba nerviosísimo:

—¡Jesse —gritó—, han secuestrado a Morgana! Piden por ella

medio millón de dólares y el secuestrador ha dicho que se pondrá en contacto conmigo mañana, para darme detalles sobre la forma en que se ha de hacer la entrega del dinero.

Falk apretó los labios. Había sentido aprensiones al observar la ausencia de Harry Wilkes. Ahora, sin tener más detalles, sabía que el secuestrador no podía ser otro que el hermano del prestamista de fianzas.

—Y si no acepto, la matarán... —añadió Van Ritten, terriblemente acongojado.

—Ese bastardo no la matará, ni usted tendrá que pagar un centavo por su rescate —aseguró el joven—. Deje el caso en mis manos y no se preocupe más de ello, señor.

* * *

La puerta estaba cerrada con llave, pero Falk no se molestó en llamar, sino que la hizo saltar de un terrible puntapié. Una vez dentro, empezó a registrarlo todo.

Sonrió al encontrar una ballesta despiezada y media docena de saetas. Al cabo de un rato, encontró una libreta de tapas negras en el cajón de una mesa, cuya cerradura no fue obstáculo para él.

Examinó la libreta. Lo que había allí anotado era como para ponerle los pelos de punta a cualquiera. En aquel instante supo que Harry Wilkes había cometido un gravísimo error.

—Las prisas —dijo, pensativo—. Tenía demasiada prisa y se olvidó de llevarse la libreta consigo.

Al cabo de unos momentos, guardó la libreta y abandonó el apartamento. Treinta minutos después, entraba en el despacho de Red Roy Wilkes.

El prestamista le miró sin ningún entusiasmo.

—¿A qué ha venido aquí? —preguntó.

—Harry ha secuestrado a Morgana Van Ritten.

Sobrevino un espacio de silencio. Los labios de Wilkes empezaron a temblar. Luego, de pronto, se cubrió la cara con las manos.

—No, no es posible...

—Sí, lo es —rugió Falk. Fue a decir algo sobre la libreta, pero prefirió ocultar el dato por el momento—. ¿Dónde están?

—No lo sé... —gimió Wilkes.

Falk pasó al otro lado de la mesa y, agarrando al sujeto, lo hizo ponerse en pie a viva fuerza. El aspecto del joven era terrible.

—Red Roy, quiero casarme con esa chica —dijo—. Y no lo hago por el dinero, porque pensaría igual si fuese pobre como las ratas. Harry ha amenazado con matarla si intenta rescatarla o si no se paga la suma que ha exigido. Estoy dispuesto a todo para salvarla, ¿me oye? «A todo», Red Roy, entiéndalo bien.

—Pero es que yo no sé...

—Harry era el ejecutor de todos sus repugnantes negocios. Ha matado a gente sólo porque usted se lo ordenó o a usted se lo ordenaron algunas personas. Ha extorsionado, ha robado, ha apaleado a infelices que no podían pagar sus deudas... Sabe tanto de Harry como si fuese usted mismo y no crea que voy a aceptar fácilmente sus excusas. O me dice ahora mismo dónde está o empezaré a romperle los huesos, uno por uno, hasta que se decida a hablar.

Falk Hizo una pausa.

—Esto se ha acabado ya —agregó—. Ni chantajes ni intentos de robo legal, ni suplantación de identidad, como en el caso de Stella Crannor... Todo, todo eso se ha acabado ya y será mejor que colabore conmigo, si quiere que el tribunal sea un día benevolente con usted. De lo contrario, cuando termine con usted, lo único que me hará falta será llamar a un sepulturero.

Wilkes se aterró. Claramente se daba cuenta de que el joven estaba dispuesto a cumplir sus amenazas.

Edmount y Glidden estaban derrotados y no levantarían un solo dedo para ayudarle. Cerró los ojos un momento y asintió.

—Seguramente... está en la cabaña de Horsehead Rock... Solía ir allí muchas veces... Es un sitio que muy pocos conocen... pero se ve venir a cualquiera desde tres millas de distancia...

Falk conocía el terreno vagamente y se extrañó que Wilkes tuviera una cabaña en aquellos parajes.

—¿Por qué construyó la cabaña en aquel lugar?

—A veces... jugaban partidas fuertes... Se llevaban chicas...

—Y, en más de una ocasión, habrá tenido secuestrado a algún infeliz, ¿no es cierto?

Wilkes no quiso contestar. Falk lo arrojó sobre el sillón y agarró

el teléfono.

—Señor Van Ritten —dijo momentos después—, sé dónde está Morgana. Si el secuestrador le llama... —Se volvió hacia el prestamista—. ¿Hay teléfono en la cabaña? —preguntó.

Wilkes hizo un gesto negativo. Falk continuó:

—Si llama el secuestrador, acceda a todas sus peticiones. Es decir, lo simulará y procure darle largas. ¿Entendido?

—¿Vas a rescatar a Morgana, Jesse?

—Exacto.

—Ten cuidado... Ese tipo sería capaz de matarla...

—Si no tuviese cuidado, ¿qué sería de sus nietos? —rió el joven.

Colgó el teléfono y miró duramente al prestamista.

—Si te mueves de aquí, si intentas avisar a tu hermano, te mataré —dijo—. Tu única probabilidad de salir medianamente bien librado es estarte quietecito, sin mover ni un músculo. Y ten en cuenta que habrá gente vigilándote. ¿Lo has comprendido?

Wilkes se sentía demasiado abatido para contestar. Falk no quiso aguardar más y abandonó el despacho, animado por la férrea determinación de rescatar a Morgana a cualquier precio.

CAPÍTULO XII

Desde unas cuatro millas, escondido en un bosquecillo de álamos, contempló el risco a cuyo pie se hallaba la cabaña, en un paraje completamente solitario, casi desértico. El núcleo de población más cercano se encontraba a unas veinte millas más al Norte y era apenas visible en la bruma del atardecer.

Desde aquel lugar, el risco, que se alzaba a un par de cientos de metros sobre la llanura circundante, tenía el vago aspecto de la cabeza de un caballo. La cabaña estaba a unos cien metros de altura y se accedía a ella por medio de un camino que serpenteaba en largas curvas por la suave pendiente.

Detrás, había un paredón vertical de una docena de metros. Después, la roca tenía muchas irregularidades, a partir del borde, que formaba como una especie de marquesina que sobresalía ligeramente sobre el tejado del edificio. A unos trescientos metros al Este, corría un riachuelo de abundante caudal. Ciertamente era un lugar delicioso para fines de semana y vacaciones, pero lo que había sucedido en aquella cabaña hasta entonces no había tenido mucho que ver con las leyes.

Bajó los prismáticos y se mordió los labios pensativamente. Wilkes había tenido razón: su hermano vería de lejos a cualquiera que intentase aproximarse. Desesperado como estaba, Harry, sabiéndose ya perdido, sería muy capaz de matar a Morgana.

Junto a la cabaña, en un cobertizo situado en la fachada Oeste, se divisaba al automóvil en que habían llegado hasta allí. Nadie les habría visto, dedujo, y si alguien, casualmente había reparado en su presencia, no le habría dado importancia. Un hombre, una mujer, una casa aislada... La combinación perfecta para pasar unas horas felices.

El sol se ocultó tras el horizonte y avanzaron las sombras de la noche. Falk se sentó en el coche y abrió el termo que había llevado consigo, para tomar unos sorbos de café caliente.

Esperó, con la paciencia de un piel roja. Dos horas después, pasadas las nueve, cargó con una bolsa que contenía diversos objetos y emprendió la marcha hacia el risco, dando un gran rodeo a fin de llegar por retaguardia.

Alrededor de las diez y media, inició la ascensión. La luna estaba en creciente y tenía los ojos habituados a la falta de luz. Caminó paso a paso, tanteando el suelo con el pie, a fin de evitar desprendimientos de piedras que podrían delatar su presencia en aquellos parajes. Cerca de las once de la noche, se situó encima de la cabaña.

Tendido en el suelo, miró hacia abajo. Oyó voces, pero no consiguió entender lo que se decía. Luego, muy despacio, abrió la bolsa y sacó una cuerda de nudos, provista de un garfio. Luego fue dejando caer la cuerda centímetro a centímetro, hasta que la vio rozar el suelo.

Antes de iniciar el descenso, hizo una prueba. El garfio aguantó bien. Sin hacer el menor ruido, empezó a bajar.

Momentos después, ponía el pie en tierra. Entonces, oyó la voz de Morgana:

—Está perdido, Harry. Lo mejor que puede hacer es soltarme...

—¡Calla, estúpida! —rugió Wilkes—. Tu padre pagará medio millón por ti o le enviaré tu cabeza metida en un saco.

—No se atreverá...

—¡Sí me atreveré! —Wilkes emitió una obscena maldición—. He estado haciendo todas las faenas sucias, para esa pandilla de miserables; he contratado a asesinos profesionales, he tenido que matar, mentir, extorsionar... Incluso me he visto obligado a liquidar gentes que no me importaban en absoluto... y ahora, cuando todo está perdido, me darán una palmadita en la espalda y me dirán: «La cosa ha salido mal, muchacho. Lo sentimos, otra vez será». ¡Pues no, señor, ya me he hartado de ser el que hace los trabajos más arriesgados por un puñado de dólares! Ahora ganaré medio millón contigo y me iré a algún país donde no me encontrarán jamás. ¿Lo has comprendido?

—Entonces, fue usted el que mató...

—Sí, lo hice —aulló Wilkes—. Y ellos, ahí paseándose tan ufanos, con su aspecto de personas honradas y decentes, que no han roto un plato en su vida...

Falk comprendió los sentimientos de Wilkes. El golpe había fracasado no sólo cuando murió la falsa Stella Crannor, sino también en el juzgado. Todos los asesinatos cometidos habían resultado unas acciones perfectamente inútiles.

—Pero a ellos les sacaré también un montón de «pasta» —añadió el secuestrador—. Tengo pruebas que...

Wilkes calló de súbito. Falk adivinó que acababa de percatarse de que no tenía la libreta en su poder. Pero en aquellos momentos, se dijo, no podía abandonar a Morgana para ir a buscarla.

Era hora de actuar, se dijo. Por un momento pensó en irrumpir violentamente en la cabaña, pero, de pronto, se le ocurrió una idea.

Miró hacia atrás. El coche estaba allí, bajo el cobertizo. Acercándose muy despacio, abrió la portezuela lentamente y puso la palanca del cambio en punto neutral.

Luego se acercó a la zaga y empezó a empujar. A los pocos instantes, el coche empezó a moverse. Cuando vio que ya iba a rodar por la pendiente, se acercó a la portezuela, metió la mano a través del hueco de la ventanilla y encendió todas las luces.

Luego, pisando de puntillas, corrió hacia la entrada y se pegó a la pared.

Segundos después, se oyó un terrible juramento:

—¡Eh!, ¿qué diablos le pasa a ese maldito coche?

La puerta se abrió violentamente. Wilkes apareció en el umbral con una pistola en la mano. El coche corría cada vez más rápidamente, cuesta abajo.

Wilkes dio dos pasos fuera, pero, de súbito, presintió que no estaba solo y empezó a volverse. En aquel instante, dos fuertes manos se apoderaron de su antebrazo, retorciéndole con violencia.

La mano giró antinaturalmente y la boca del arma se apoyó en el pecho de su dueño. Sonó una detonación.

Wilkes abrió la boca. Sus ojos expresaron horror y pánico. Fue a decir algo, pero las rodillas se le doblaron y empezó a caer.

Falk le contempló fríamente. Al cabo de unos momentos, pasó por encima del cuerpo inerte y entró en la cabaña.

Morgana estaba sentada en una silla, a la cual había sido atada

con una fuerte cuerda. Falk la miró sonriendo desde el umbral.

—Hola, preciosa.

—Bien venido, *sir* Lancelot —dijo ella.

—Pensé que ibas a nombrar el Séptimo de Caballería.

—Está muy visto, Jesse.

—A fin de cuentas, el resultado es el mismo, me parece.

—¿Cómo me has encontrado?

—Consulté mi bola de cristal.

—¿Te ha dicho algo sobre nuestro futuro?

—Muchísimas cosas, encanto.

—Quizá te ha dicho algo también sobre cortar estas cuerdas, ¿no?

Falk volvió a sonreír, avanzó hacia ella, se inclinó y la besó en una mejilla.

—Voy a buscar un cuchillo —dijo.

* * *

—Red Roy Wilkes, Edmount y Glidden están en la cárcel —dijo Falk dos días más tarde—. La acusación menciona los cargos de conspiración para asesinar, homicidios en primer grado, estafas y un montón de cosas más. La libreta que Harry se olvidó será la pieza clave para el fiscal.

—Y todo ello, ¿por qué? —quiso saber la señora Van Ritten.

—Los celos no se refieren solamente al amor de un hombre hacia una mujer. También se sienten celos profesionales... cuando alguien triunfa y otro se queda rezagado.

—El caso de Glidden —dijo Morgana.

—Exactamente.

—¿Es cierto, papá?

Van Ritten asintió.

—Me había propuesto más de una vez la fusión de las dos empresas. Yo me negué siempre.

—¿Por qué?

—No se pueden acoplar dos vehículos, cuando uno, aparte de ser más lento, está mal pilotado.

—Y tú, sin duda, lo sabías...

—Empecé a saberlo cuando Glidden quiso quedarse con las

patentes de Marcus. Hasta entonces, no había tomado una decisión, aunque la idea de la fusión de empresas no acababa de gustarme. Aquello fue un claro indicio que me dijo lo que podía sucederme si accedía a unirme con Glidden.

—Sin duda, estabas al corriente de sus asuntos.

Van Ritten se volvió hacia el joven.

—Este caballerete fue el que me puso al corriente de todas las trapacerías de Glidden. Supongo que Glidden, a su vez, investigo sobre mi vida pasada, a fin de encontrar algo que le permitiera presionarme —contestó.

—Y encontró a Stella Crannor.

—Primero encontró a una a la que hizo pasar por Stella, pero aquella desdichada pidió más dinero y la asesinaron. Después, se trajeron a la auténtica... —Falk se encogió de hombros—. Pero ¿a qué seguir hablando de temas desagradables?

—Hay otros más satisfactorios —sonrió la señora Van Ritten.

Falk se puso en pie y agarró la mano de la muchacha.

—Morgana y yo vamos a discutir los detalles de la boda —dijo.

El señor y la señora Van Ritten se quedaron solos.

—Será un magnífico esposo para Morgana —suspiró ella—. Lo que no me gusta es que se dedique a la pintura —refunfuñó él.

—Eres joven. Todavía podrás dejar el negocio a tu nieto. Van Ritten sonrió.

—Un nieto —repitió—. Espero que no tarden mucho...

* * *

Dos semanas más tarde. Falk despertó, estiró los brazos y se dispuso a levantarse, para ir al baño y ducharse. Entonces, una mano emergió entre las sábanas y le agarró por el brazo.

Falk se volvió. Morgana le miró sonriente.

—No te vayas —pidió la muchacha.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó él.

—Me prometiste contarme una cosa, pero me dijiste que lo harías después de la boda.

—No recuerdo...

—Sí, hombre. La vaca rubia, en el
Dino's...

—Oh, era eso... —Falk se echó a reír.
—¿Qué, no quieres contármelo?
—Morgana, ahora eres mi esposa.
—Te lo he demostrado, me parece.
—En todos los sentidos.
—Absolutamente, querido.
—Por tanto, sabes qué es estar casada.
—Es algo maravilloso —suspiró ella.
—Yo le dije a la vaca rubia que no podría casarme con ella.
—¿De veras?
—Sí, de verdad.
—Pero ¿por qué, Jesse?
—Ciertos hombres no se casan por...
—Por un defecto físico. Pero eso no es para dar una bofetada a nadie; uno no es culpable de sus defectos físicos, creo yo.
—Es que... era otra cosa aún peor.
Ella le miró con un solo ojo. Luego sonrió, alargó ambos brazos y le atrajo hacia así.
—Ven a demostrarme de nuevo que eres un maravilloso marido
—pidió ardientemente.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.